

alfa

Carlos Martínez Moreno nació en Colonia en 1917. Es uno de los narradores uruguayos de mayor proyección dentro de su país y en el extranjero. A propósito de sus cuentos y **nouvelles** escribió el crítico chileno Ricardo Latcham: "... por su depurada sensibilidad y por el sello de originalidad técnica, ha dado a sus historias cortas y a sus cuentos un ritmo atrevido y tenso, que mantiene suspendida la atención del lector. Es un innovador que ha enriquecido la literatura uruguaya siguiendo una línea de gran consistencia".

CARATULA M. LAGURCIA

LAS CUATRO

VO

CARLOS MAR.

7
52
5

LAS CUATRO

novelas cortas

**CARLOS
MARTINEZ
MORENO**

3

3

libros populares

alfa

5054

PA66/6006
100%

Cicalea - Lanas

Comprado en Nueva

22 / Febrero / 1968

Sc 1200

colección

libros

populares

3

a lfa

**carlos
martínez
moreno**

las cuatro



**novelas
cortas**

**editorial alfa
montevideo**

Queda hecho el depósito que marca la ley
Copyright by Editorial Alfa. Ciudadela 1389, Montevideo
Printed in Uruguay Impreso en el Uruguay

LA ULTIMA MORADA

I

Había entrevisto ya, en la penumbra lechosa, el barandal que amurallaba el recodo de la escalera —dando un balcón al patio de damero— cuando tropezó y cayó, lanzando unos escalones más arriba los zapatos que llevaba en la mano. Se oyó un chistido, y una luz encendida de pronto dibujó los ba-láustres, antes informes y fantasmales. El chistido y la luz eran un ultraje a su infeliz y torpe cautela de borracho, la que lo había hecho descalzarse y subir en puntillas, tanteando la lisa superficie de las paredes y las oquedades de los rincones.

Irritado entonces, se enderezó pesadamente, tomó un zapato y lo arrojó hacia el jarrón que, en uno de los extremos del rellano, coronaba la escalera, igual a otros que, en espaciadas hornacinas, se en-quistaban en los muros del patio. La tapa del jar-rón saltó y se hizo añicos, con un ruido quebradizo que trajo instantáneamente el arrepentimiento y la pena (una pena agarrotada y tartajosa, balbuciente de últimos insultos) adonde acababa de existir la furia.

El recuerdo de esa brutalidad embotada e inerme lo perseguía a lo largo de los años. El ánfora sin tapa había quedado, decapitada y verdinosa, vigi-

lando el retorno de todas sus noches, y había seguido allí luego de la muerte de la madre y hasta el remate de la casa. La madre había acudido al ruido y él había querido simular un accidente, había pretendido dar a entender que había embestido sin querer el jarrón, dejándolo sobre el pilar sin removerlo pero habiéndose llevado aquella suerte de labrada capucha que lo recubría. La madre nada le había reprochado, pero conocía aquellos desbordes, que repetían los del padre casi hasta sus últimos días. Al oír su voz queda, que le interrogaba si no se había hecho daño, y ponía en la pregunta el desalentado samaritanismo y el ostensible don de martirio que ella prefería para su voz, como otro velo de su viudez, sintió a un tiempo la vergüenza y la tontería de haber caído de nuevo en las trampas de la bondad, del perdón y de las promesas. "Esta vez no le ofreceré enmendarme", pensó. El papagayo, que no había emergido de la oscuridad al simple golpe de la tapa en el suelo, chirrió su repentina locuacidad al oír la voz del alma. Él lo odiaba ahora, anacrónicamente, porque era algo así como el tiempo embalsamado, y porque sus gárrulas y desatempladas vociferaciones no habían respetado siquiera aquel día de la casa, cuando la madre estaba muerta y las criadas entraban a la cocina y salían de allí con una premura devorada y silenciosa, trajinando tisanas y café, golpeteando los pocillos mellados para ahuyentar toda la lóbrega servidumbre de muerte que se había aposentado en patios, piezas y corredores, y simulando que un cuidado solícito por los vivos (por la vieja tía sofocada, por las crisis de llanto y puñetazos en las sienes con que él medía su soledad e impotencia para la vida) podía distraerlas de todo.

Como en noches y días de interminables años, desde que el capricho del abuelo había grabado en él unas pocas jaculatorias, había gritado entonces —sobre el silencio cirial, contra la baja murmuración de los rezos— ¡Viva Cuestas, viva la dictadura! Silbaba desagradablemente e insistía: ¡Cuestas, cueste lo que cueste! Lanzados esos petardos, consumidas estas pocas y arcaicas bengalas de su estilo, acababa pidiendo, con más calma, "las sopas de pan con vino".

Aquella noche simplemente chilló, sin articular ninguna de sus consignas, chilló cuando la madre —pálida sobre los lechosos balaústres, desde la eminencia flotante de su camisón— le había preguntado si no se había hecho daño y había comenzado a descender, pasando tras el jarrón degollado e inclinándose sobre él, que jadeaba y maldecía tan estúpidamente como el papagayo, pero con una conciencia de culpa que el procaz animal nunca conocería.

Tal escena —la vuelta de la escalera, los fragmentos del jarrón, la deshecha cabellera de la madre, ese chirriar de bisagras enmohecidas que venía del segundo patio y, con un pulso firme que ordenaba todos aquellos incoherentes detalles, el reloj de pesas del comedor, dando las dos de la mañana— estaba destinada a sobrevivir y a presentársele, con una recurrencia que no mitigaban los años, como un reproche agotado pero inmortal. ¿Se conservaría en aquel quieto rincón de la casa el olor rancio que, al levantarse ayudado por ella, había sentido desprenderse entonces de sus propias vestiduras?

El hijo único. Evocaba el día en que había quedado solo —solo entre los amigos, solo ante las tazas de café y las ventrudas copas que ofrecían al fin de la noche su gota restante de coñac— solo con

sus deberes y su dinero, despojado y poderoso en la equívoca sensación de ese hecho. Aquella figura en camisa que se asomaba sobre sus años vividos, era la única que proveía por él, por sus holganzas, la única que alcanzaba la ternura de no preguntar y la bondad de no saberlo; era la toalla mojada sobre la cara descompuesta, la ropa en la silla para las borracheras desplomadas. Desde entonces ni siquiera los excesos pudieron existir, porque faltaban en el mundo, faltaban en el aire espeso de las noches la confortación y la impunidad. A partir de aquel día, su embriaguez había tenido un cauce demasiado culpable, un sentido infamatorio y retorsivo de la timidez sexual. Era el ludibrio que desaguaba en la tropelía nocturna, en el ingenio, en la risa, en la agresividad, a cambio de no poder consumarse —contra la repetida obsesión, y a pesar de las sugerencias y supersticiones de cada vez— en la mujer, la mujer que los amigos le agenciaban y cambiaban, la única que quedaba para la mano insertible, para el pellizco obsceno pagado como cópula. El craso ludibrio del craso físico. Era la misma impotencia adenoidal que, en los días de la infancia, lo hacía salir corriendo de la casilla de Pocitos hasta la orilla y volver corriendo desde allí, con el más pudoroso, largo y oscuro traje, las nalgas vergonzantes intactas de arena pero abolladas y enormes.

Y sin embargo —aliando distintas conveniencias— el matrimonio lo había arreglado todo. Esther, diez años menor que Bonel, no había conocido a la *señora*, como ella le llamaba con acre respeto. Prolongaba el uso de alguno de sus vestidos, de alguna de sus pieles; el hijo único no podía ponerse los, su adulto conservatismo no podía arrumbarlos, su piedad no podía subastarlos, como había subas-

tado —entre penas, compungimientos, blandas con-sunciones sentimentales— la casa. (No la había rematado —pensaba ahora— por avaricia de dinero, por sordidez, sino por un cobarde instinto de evacuación y de olvido, y acaso para exacerbar la pena quemando las naves, sin disipar, en la rutina de los días por vivir, el prestigio y el incienso de aquella muerte, la sensación definitiva de clausura, el pio y ambiguo temor que lo hacía dudar por las oscuras y sucesivas habitaciones canceladas, que le hacía temblar los dedos sobre los picaportes. Si alguien lo empujaba entonces, si alguien se prestaba a aquel simulacro de la sensibilidad filial, subía en él una voluptuosidad triste y castrada, el regodeo emoliente de su invalidez para la vida y de la falta de motivos externos para vencerse y cambiar).

Esther estaba fuera del santuario, fuera de las comparaciones desventajosas. Con la madre, él había recorrido Europa, de los dieciocho a los veinte años. Su experiencia de esos años se había reducido como las cabezas jibaradas, se habían apergaminado en dos o tres frases de idiotismo coloquial, para proponer al interlocutor (a Esther, a los hijos) una breve simpatía por lo desconocido, dejándolo distante. París era la Place Pigalle, las estampas pornográficas en el cajón con la llave pasada, y las recomendaciones para comer bien en algunos bodegones (los *bistros*, los deliciosos *bistros* de París —decía, como si todavía paladeara lo consumido en ellos) que tal vez se referían a sitios ya inexistentes. Italia era un saloncito de Nápoles, una “foto d’arte” donde le habían tomado, en un abanico ple-gadizo de postales, varias instantáneas que, pasadas en el golpe de la mano, recomponían la tosca y respetuosa parodia de un gran saludo, con el Borsalino traído por el brazo que avanzaba.

El viaje era ese *álbum*, un caleidoscopio y algunas rarezas de feria popular (la tarjeta que se volcaba para que un querube rosado dispusiera en una bacinica unos granos de arena). Las palabras "álbum" y "rarezas" eran los tics de tal exhibición, y jugaban en el discurso tan arbitrariamente como las sentencias —"El fascismo es una bicicleta, si se para se cae" o "Yo no sabré dónde está La Última Cena, pero sé dónde se comen los mejores fetuccini de Roma"— que había escuchado a alguien y asumido como sus cifras de meditación y sensualidad italianas.

Esther Reyes, postulada para compartir la orfandad y el dinero, nada sabía de esas cosas, las escuchaba con el resentimiento que promueve en otras mujeres la noticia de una aventura anterior, la descompasada sensación de un adulterio prenupcial. Sin imaginación, sin vanidad, Bonel refrescaba siempre —porque el don de la repetición era su virtud conversacional más definida— esas penas injustas. Sin imaginación, sin vanidad, sus hijos se llamaron, como ellos dos, Ernesto y Esther, y nacieron para copiar esas caras y recoger esa limitada facundia del vivir.

II

—De todos modos —dijo Bonel— Mamá está en un nicho ajeno, y mi deber es rescatarla cuanto antes.

En el primer temor de la pobreza —que era el mero reflejo de la inquerida posesión del dinero, de la asunción de responsabilidades— la había hecho sepultar en el nicho de unos parientes, sin pom-

pa alguna. "Como ella habría querido", se había dicho durante algún tiempo, repitiéndoselo para el auto-engañó. Pero sabía que no era así. De pie, con los ojos alzados hacia la jardinera en la que el viento del sur chamuscaba rápidamente las flores, esperando que un peón subiera a cambiarlas, había sentido muchas veces —pensando en él y en ella— que aquella permanencia de prestado, que aquel descanso intruso de su madre en la bóveda ajena definían su purgatorio filial. Sólo sacándola de allí podría ponerle término; rememoraba sus lecturas liceales, la Ciudad Antigua y los penates errabundos, que pedían ser satisfechos. Y confundía sus recuerdos con sus temores: creía haber soñado que la madre aparecía en lo alto, en el recodo de la escalera o en aquella región inasible donde él no podía mudar el agua del búcaro, para pedirle sin ternura ("Hazme una tumba" era la frase elegida) el santuario en que su amor de hijo la recogería a destiempo.

—No veo el apuro, después de tantos años, dijo Esther. Cuando el sentido de sus palabras era hostil, él despertaba de la indiferencia que mantenía hacia ella, para odiarla en su vulgaridad. A pesar de la piel quemada de los veranos, de las cremas, de los escotes y de los pantalones ajustados, la treintena pasada empezaba a acentuar en ella, a escribir sobre sus rasgos la mezquindad esencial; la involución de la madurez ponía en sus facciones un sello de ininteligencia y rapacidad. Era imposible imaginarla unos años más allá, con los cabellos blancos y la sosegada nobleza de la vejez. Él no podía acceder, en cuanto a ella, a esa edad de la imaginación desde la cual el rostro de la madre ya no quería regresar, a aquel otoño en que lo amaba sin lágrimas.

Esa sí que es una razón estúpida, dijo. Esther lo miró sin asombro, acostumbrada a esas elipsis del humor, en que él dejaba caer cualquier frase abrupta, más por desprendimiento de sus reflexiones que por el impulso simple de la conversación.

—Estúpida por no pensar que eres tú mismo el que se va acercando a esa *morada* que crees levantar para otros. Usaba la palabra “*morada*” para añadir al proyecto de Bonel el toque empingorotado y ritual, un respeto cursi de alocución fúnebre y también el énfasis neutral (higiene de la distancia para la muerte) que depositaba siempre, como la corona expeditivamente puesta para cumplir con un prócer y ganarse una ciudad extraña, al pie de su reverencia por *la señora*.

Eso es verdad, pensó Bonel. Me voy acercando. Se vio ahora con los estrechos pantalones de pana —una pana azul donde corría el furtivo placer infantil de sus manos— caminando sobre el césped blando y mal cortado, o por el sendero de menudas guijas de color pizarra. Tía Emilia iba al lado, flameante junto a la cara la cola del sombrero, hollando la arenisca del borde del camino, de la que extraía un rumor apenas triste. Lo demás no lo era: el sol de media tarde, el zureo de las torcazas y, por encima de las tapias del fondo, el reflejo del río entre los pinos.

¿Era esto un cementerio, también en Montevideo sería así? Para indicarle que torciera, tomando por uno de los atajos que se perdía bajo la vegetación desprolija y creciente, ella le había puesto una mano en la cabeza, presionándole sin carifío los rulos amarillos que un rato antes le elogiara. No se atrevía a decirle su desilusión del lugar, no podía interrumpirla en sus pensamientos, en los abusados recuerdos dolientes de persona mayor.

Unos metros más allá, blanco y musgoso, flanqueado por su angosta vereda de piedra, estaba el antiguo sepulcro. “Sepulcro” decían los más viejos, según había notado; los más nuevos, los de granito rosado o gris, solamente nombraban a la familia de alguien, o a Tal y su familia, como frívolas tarjetas de regalos. El pequeño cementerio del pueblo —le había explicado luego Emilia, con rancio orgullo— juntaba dos edades: la de los sepulcros y los templos, que aludía a la Guerra Grande, al jefe de familia que campeaba, imponente y solo, en las lápidas, y la de los comerciantes y los profesionales, la era industriosa y reciente que alineaba sus panteones vacíos, flamantes e impersonales, contruidos para la vanidad de los vivientes más que para el descanso de los difuntos.

—Aquí están también tus bisabuelos, había dicho Emilia, quitándose de la cara la cola del sombrero, entrecerrando los ojos para acostumbrarlos a la penumbra interior. El niño había mirado tras ella, por aquella suerte de escotilla, y había visto la escalera de mano que descendía a las profundidades de la bóveda blanqueada, húmeda y sombría. Había estantes de mármol cubiertos por senderos de hilo que remataban en profusas puntillas, y sobre esos, ignotos altares resplandecían dos floreros azules, y más tenuemente una jardinera con inscripciones, fechas y frases, y una labrada cruz hacia un costado.

El hombre había llegado con una jarra floreada en la mano, y había descendido rápidamente la escalerilla, con una destreza que, por silenciosa y liviana, no ofendía al sitio. Emilia había dado un par de indicaciones sobre la distribución de los cacharros y el acomodamiento de los mantelitos, y el hombre había emergido luego, la tez violácea y los

cabellos canos al nivel de la abertura, y con ademán repentino había arrojado a un lado las flores resecas y a otro, en un envión que apenas retenía al florero, una bocanada de agua pútrida, abombada, ante la que el chico había retrocedido. Emilia había alcanzado entonces el ramo y, apoyándose en la lápida, había vuelto a dirigir el arreglo. Cuando el hombre hubo aceptado las monedas y desaparecido, ella —sin demostrar acordarse de la compañía que llevaba— se hincó al pie de la escotilla, la cola del sombrero pendiendo rectamente ante la cabeza depuesta, y rezó con un bisbiseo áspero, poco enternecido, por la siniestra bóveda y por sus ilustres parientes. El olor del agua corrupta los envolvía siempre; era el licor que se vertía en tierra por aquellas ánimas.

—Todos nos vamos acercando, dijo con un tono que postulaba la tregua. Y recostó la cabeza en el alto respaldo del sillón, porque todo —hasta los pensamientos penosos— provocaba en él un instinto casi patético de comodidad.

—Nunca ha habido —comentó Reyes, el cuñado— una civilización a la que la idea de la muerte carnal haya dicho tanto como a la nuestra. Después de todo, ¿piensan en algo los burgueses como nosotros, más que en la salvación de sus cuerpos?

“Como nosotros” era un cumplido, una previa ficción de imparcialidad, tras la que se franqueaba el permiso de ser cruel. A Bonel le fastidiaban aquella inteligencia acerada y no obstante menor, aquellas falsas ventajas del fracaso personal, del desprejuicio y del autoanálisis. Pero esta vez se lo agradecía: el enrarecimiento del tema excluiría a Esther, iba a reducirla a silencio.

—El orden social en que vivimos —estaba diciendo ahora su cuñado— nos exige tener muertes y posteridades personales. Mi tumba es mi castillo.

—Y sin embargo, ésta es la edad de los panteones colectivos, dijo Bonel (que siempre los había mirado con terror). La Società Italiana entierra juntos a todos sus gringos, y la Española a todos defecto: por un defecto de imaginación, que es la sus gallegos.

—Sí, es horrible —dijo Reyes. Pero es por otro forma peor, la más triste, de la mezquindad y la mediocridad en la gente de las ciudades. Es la misma razón de las sociedades recreativas. Por eso hacen clubes para reunirse los domingos todos los bancarios, y se condenan a verse perpetuamente todos los empleados, aceptando que por trabajar uno al lado del otro tienen que ser amigos.

—No tienen tiempo de buscarse otros. Es —propuso Bonel, con el alivio de no padecerlo— la estupidéz de un sistema que nos mecaniza en todos nuestros actos.

—El servilismo mental al trabajo —sentenció Reyes— en una forma de esclavitud que no ha variado. Y además, esa pequeñez tan lamentable del tipo de la ciudad, tan gregario. Cualquier desgracia y cualquier enfermedad lo llevan al montón, para pedir auxilio a la ignorancia de los otros, para relevarse de pensar por su cuenta, para recostarse en el rebaño. Hace poco hubo un pic-nic de los defraudados por las sociedades financiadoras. Ayer leí en los diarios que se ha formado una “mutualista de sepelios” que se llama “El Ocaso”. ¿Y no has visto en los ómnibus los anuncios de los banquetes de diabéticos? ¿Puede haber algo más ridículo, más absurdo?

—Yo siempre he pensado —aventuró Bonel— que en Montevideo la gente es infeliz. Que está ¿cómo podría decirte?, resignada a no ser nada que importe, a vegetar en sus facilidades, entre el empleo, el café y el estadio.

—Y la de afuera nos sigue por radio —dijo Reyes— y quiere venirse. Hay que poner distancias, añadió. Eso es lo que está bien en tu proyecto: nada de promiscuidades. Ni ahora ni en la hora de nuestra muerte.

—Nada de promiscuidades anacrónicas, corrigió Bonel, con un falsete de jovialidad. El tema no le gustaba, y le dolía plegarse —por una cobardía mental semejante a las que estaban criticando— a esa suerte de humor bastardo, con el que rendía los oblicuos honores que tácitamente estaba pidiendo la inteligencia de Reyes, una inteligencia que no le había ahorrado el parasitismo y la bohemia, la desproporción entre sus pujos de escritor y sus miserias periodísticas.

—Eso es, las promiscuidades anacrónicas —aprobó el otro—, los perpetuos lechos humanos tendidos juntos, para gente que en vida se desconocía.

Bonel recordaba las reflexiones de Reyes sobre aquella leyenda —*Perpetuo lecho de los humanos*, 1835— que habían descifrado una tarde los dos, en el portal del cementerio de Maldonado. Ni perpetuo ni humanos, había dicho Reyes. ¿No están las urnas para abreviar espacio, ya que el tiempo del muerto no se encoge? Mil ochocientos treinta y cinco es lo único cierto, había agregado sonriendo.

—¿Te acordás, Ernesto, de los perpetuos lechos humanos?, preguntó, con el pecado (raro en él) de ser tan obvio.

—Y en eso —dijo Bonel sin responder— son avaras y arribistas hasta nuestras familias patri-

cias. Están llenos de colados ilustres muchos panteones y nichos, por ahí. Y por supuesto, como están en casa ajena sus deudos son generosos con ellos, y llenan de *souvenirs* losas y paredes.

La palabra “*souvenirs*” era sabrosamente imposible y a Reyes le gustó. A Bonel le hizo pensar en Europa.

—Es claro que siempre hay alguien más miserable que su semejante, como en el versito, propuso Reyes. Hay quien cobra pensión, un alquiler o cosa así, hasta el día de la reducción de restos. A Eleñita un viejo le ofreció una vez matrimonio, diciéndole que contaba con una jubilación modesta y con un nicho que rendía bastante.

—Por eso, surgió Esther, lo mejor es la cremación, que es lo que se usa en los países civilizados. (Aludía a ellos con una reverencia misteriosa, como si viviera en el corazón de Africa). Las cenizas se guardan en un sobrecito, y uno puede tener a sus muertos en el cajón de su escritorio. Ya te he dicho que es lo que quiero que hagan conmigo.

Bonel volvió a mirarla desapaciblemente. Era el descargo de todos sus compromisos espirituales lo que ella estaba prefiriendo: la hedionda comodidad de poder cumplirlos en casa o de olvidarlos sin averiguación. Por eso odia a Mamá, pensó como un niño, como el niño de lacrimales vacuos que era desde que la había conocido. Porque siente que yo la extorsiono con mis sentimientos, forzándola a un respeto y a una memoria que le repugnan, obligándola a mirar aunque no quiera, todas las noches, el retrato a la cabecera de la cama. Ella nunca ha tenido que poner en orden sus recuerdos, nunca ha demorado en dormirse por meditar en nada ni en nadie, por imaginar que algo podría haber sido diferente de lo que fue. ¡Oh, Mamá!

—Señora, dijo una voz desde la puerta. La cena está pronta.

—Caramba, dijo Reyes, qué aperitivo me han servido esta noche.

III

—“Que no olvides lo que te he dejado en la tierra”, dijo Bonel. Ésas fueron sus palabras.

Sentado frente al Padre Morán, desbordada el angosto sillón de envarillado mate y almohadones blancos. Detrás de él se erguía una palma de maceta, cuyas hojas le rozaban la nuca, fluyendo desde la boquilla de papel crespo, amarillo, que una invisible paciencia y un rumboso mal gusto femeninos habían plegado y abullonado prodigiosamente.

Apenas menos obeso que Bonel, pero más viejo, el Padre Morán disfrutaba de su poltrona particular, ancha y desvencijada. Lo miraba con sus ojos azules, con aquella tolerancia que a pesar de los años no tenía nada de automatismo profesional. Cruzaba las pequeñas manos, entrelazando sobre el abdomen sus dedos romos y rollizos, que impartían la absolución y alcanzaban la hostia. Las yemas de los pulgares nerviosamente se rozaban, imprimiendo a las manos un movimiento casi imperceptible, pero que al cabo del tiempo había raído la tela y oscurecido sordamente la alpaca en mitad de la sotana, como si el vientre inútil del vicario de Dios fuera su mancha.

—¿Y qué importancia atribuyes a ese sueño?, preguntó el Padre.

Inclinó hacia un lado la cabeza y Bonel pudo ver —sobre la pared del fondo— en un opaco marco dorado, el cuadro de Amelia Morán. Una garza se tenía en equilibrio, con una pata sumergida en el lago y la otra plegada sobre el flanco. Un tinte rosáceo indicaba el fervor muriente del crepúsculo en el plumón del ave. Y la misma luz latía en otros rincones del paisaje, en los nenúfares que se abrían sobre el haz de las aguas. Era una de las últimas pinturas de Amelia, muerta del corazón a los veinticinco años, “una verdadera naturaleza de artista”, según creía el Padre. (Tenía el pudor de no encender otro cirio que ése a su memoria, de venerarla en privado y sin el énfasis de su ministerio).

—No sé, pero me inquieta —repuso Bonel. Yo ni siquiera pude verla, pero era ella y escribía esa frase. Quería preguntarle eso mismo, Padre, qué importancia debo conceder a un sueño así, y cómo tengo que entenderlo.

No había sido un sueño, pero la clarividencia de Dios no estaba en los ojos de su pastor, no lo traspasaba desde allí.

El saloncito lucía un empapelado ocre, con grandes manojos lilas, desgarrado en las esquinas, donde la humedad había comenzado a despegarlo.

Estaban sentados en círculo, y Bonel tenía a su izquierda a Vanoni, que se había dejado pagar la comida a pretexto de instruirlo y llevarlo.

En el centro de la habitación, vestido de gris, el maestro se mantenía de pie. Una banda de rubio ceniciento le nublaba la frente, atenuaba la marcada osatura de la sien. Tenía facciones serenas y agudas, pero era posible advertir en ellas una crispación contenida, el comienzo de una exaltación ensoñadora y dolorosa. Miraba apenas a la mujer sentada tras la mesita, a la cara de labios exan-

gües y tinte alimonado, a las manos sensibles y desnudas que emergían de la informe vestidura negra.

Los demás, presentados demasiado expeditivamente para que aquella fraternidad fuera cierta en otro nivel que el de la trémula suspensión en común, se perdían para Bonel en las orillas del campo visual. Apoplético, rojizo, él iba desde la aplomada y seráfica palidez del maestro a la tensa sumisión de la mujer. Las otras caras colgaban en la penumbra —como máscaras en una vidriera nocturna—, afloraban apenas a la luz miserable que restaba en la habitación. La falleba de una persiana chirriaba, acusando las rachas de viento a espaldas de Bonel, menos amigable que las hojas de palma en el refectorio del cura.

—Repitan Hermanos —dijo el maestro—: Arrojamos de nosotros los malos pensamientos y nos preparamos, limpios de cuerpo y alma, para recibir a nuestros hermanos del Más Allá.

Le obedecieron en atolondrado murmullo.

—Cadena y círculo, ordenó el maestro.

De ambos lados le tomaron las manos, que descansaban en los brazos labrados del sillón; la de Vanoni tenía un calor activo, redituaba las abundancias del vino. La otra, a la derecha, era una garrá femenina, apergaminada, y transmitía una opresión seca, inamistosa, cincuentona.

El maestro puso una mano en la mesita, donde la mujer había dejado las suyas.

—La máquina va a entrar en trance, susurró Vanoni, más próximo a él desde que el otro contacto lo rechazaba.

—Hermano Pico, Hermano Pico, ¿estás ahí?, preguntó el maestro, con una voz solemne y trasparente.

—Pico de la Mirandola —había dicho Vanoni mientras comía, poniendo el acento tónico en la “o”— es el Hermano más *elevado*, el que trae a los otros. Es el Maestro de los Hermanos del Más Allá.

—Un Virgilio del espiritismo, había acotado Bonel, sin que su iniciador lo comprendiera.

Y ahora, con dos golpes en la mesa, el Hermano Pico había dicho que estaba ahí.

Con esa levedad de los maquinistas de teatro, que ocupan las tinieblas de una mutación escénica para cambiar los trastos del lugar, o llevarse los en vilo dejando en las retinas del espectador la desvanecida estela de un movimiento, un garabato apenas visible en la opacidad del decorado, el maestro había tomado la mesita y la había alzado en su ingravidez, para abandonarla en un rincón de la sala, más allá de las miradas y del servicio pasajero que ya había rendido.

Vuelto frente a la máquina, había extendido y ondulado las palmas de sus manos bien abiertas, con los largos dedos separados, ante la cara, los ojos y la frente de la mujer. Ella se había conmovido, echándose hacia atrás en un espasmo entero del cuerpo. El torso agarrotado parecía empujar el respaldo; el cuerpo enfundado en negro presionaba sobre ese punto y las asentaderas apenas equilibraban el tironeo, reteniendo el borde de la silla. El maestro la tomó entonces de las manos, “para transmitirle su fluido”, según la literatura de prospecto que Vanoni había adelantado.

Tras un par de escarceos convulsivos, que agitaron sus ropas y pendularon el pálido cuello, volcando la cabeza, la máquina se sometió. Bonel lo vio con familiaridad, porque recordaba a las gallinas desnucadas, que esponjan el pescuezo y aletean mientras cueigan del cordel, hasta que un hilo de

sangre y agua turbia mana por su pico, y sus alas se pliegan a la muerte. Así, con una inercia comatosa y rígida, ella se entregó al maestro.

—Hay una sombra que no me gusta, dijo. Era su propia voz, pero distante y desafinada. Hay una sombra que no me gusta, repitió.

—No, cortó el maestro. Es un Hermano bueno. Cálmate y recíbelo.

—Veo una luz que se acerca —musitó temblorosamente. Ya es más clara. Es el Hermano de las Sandalias, añadió con un matiz apenas irritado, que ponderaba su desilusión.

—Hay un Hermano capuchino —había contado Vanoni— que viene a todas las sesiones, a buscar a alguien que no encuentra. Anda errante, es un alma en pena. No dice nada, pero pasa siempre.

Aquella noche también pasó, y el Hermano Pico volvió tras él.

—¿Estás ahí otra vez, Hermano?, preguntó el maestro. ¿Puedes entrar ahora?

Un súbito cambio de voz en la máquina lo anunció. Se presentó con una urbanidad reticente, la de quien llega a una rueda familiar en que se sabe esperimentado sin provecho.

—Él nos ha dado pruebas terminantes —había dicho Vanoni. Ha guiado al maestro con el pensamiento, han entrado juntos a una casa y se han acercado al enfermo. Entonces él ha dicho “aquí llegamos”, y alguna vez ha revelado que un caso es fatal, y otra vez que el médico se equivoca pero la salvación todavía es posible.

—Quiero que traigas a la madre de este Hermano nuevo —estaba diciéndole el maestro, y Bonel comprobó con terror que era el centro de esta sesión, la novedad en la rutina. Él quiere hablar con ella.

La mano de Vanoni parecía abandonarlo en aquel instante, se hacía ambiguamente comunicativa, remota. Y la opresión de la otra mano, a la derecha, se había tornado malevolente, burlesca.

La médium, echando en golpes cortos la cabeza hacia atrás, comenzó a agitarse otra vez. Una oscuridad repentina se derramaba de sus órbitas, contagiaba todos los rasgos de su cara de un color terroso, de un gris ceniciento y ampollado; un pensamiento difícil barbotaba en sus facciones, luchaba y se exasperaba en los labios arcillosos. La condición misma de la materia parecía próxima a corromperse en aquel sér a quien la vida desamparaba, en ráfagas breves pero furiosas.

—¿Qué quieres preguntarle, Hermano?, inquirió el maestro.

—Es un asunto de arquitectura, repuso Bonel, conturbado por la futilidad de las palabras, por el inapresable respeto de su inquietud.

Los ojos del maestro miraron con la misma extrañeza que los de Vanoni un par de horas atrás, pero con un vigor condenatorio que antes no había existido, o había perdido rápidamente entidad, entre las actitudes masticatorias, el humo y el vino.

—¿De arquitectura?, rebotó sin creerlo, simulando no haber oído bien.

—De arquitectura funeraria —corrigió estropajosamente Bonel. Sobre el panteón que quiero hacer para ella.

Era el dilema de sus días y sus noches: a veces lo tentaba el túmulo de Carrara, con una anciana glacialmente dormida entre las bordas de su ataúd, el noble perfil yacente recortado sobre un fondo de cipreses; otras, pensaba en la continencia del gesto para la muerte, en lo privativo de su duelo, y entonces avanzaba hacia él un panteón de mármol

negro, teñido por un solo nombre de cinco letras —Bonel— y atravesado por una delgada y tiesa cruz de bronce, que hacía la cuadrícula severa de la gran piedra funeral. Era esa preferencia fluctuante la que quería que cuajase en él, consultándola.

—La máquina sufre mucho —dijo el maestro, desconceptuando esta ocasión del sufrimiento. Nuestra Hermana no puede llegar bien. Nunca ha sido llamada hasta hoy, y no está suficientemente elevada.

La frase hirió su pundonor resentido, resonó en su interior como un sarcasmo. Pensaba en la empinada jardinera con las argollas, donde se chamuscaban las flores. Recordaba ahora, como si le escociera la débil piel de una cicatriz olvidada con los años y rejuvenecida por el mal tiempo, la escena misma del penoso ascenso. En el silencio congelado de aquel minuto, junto a la pared y al claudicante esfuerzo del montacargas, el viejo edil de peluca roja —hoy también muerto— había dicho orgullosamente a su vecino: "Estos elevadores los hice instalar yo, la primera vez que estuve en la Junta".

Impulsado por tal recuerdo iba a renunciar, a aflojar las manos de sus Hermanos y a irse, cuando la máquina empezó a decir:

—Veo un fondo oscuro, rodeado por un aro de oro. Y allí se está escribiendo algo. "Que no olvides lo que te he dejado en la tierra", transmitió lentamente, leyéndolo con dificultad. Que no te dejes envolver.

Hubo una pausa.

—Y ahora escribe que pidas, junto con estos Hermanos, elevación para ella.

—Los muertos sólo pueden exigirnos que los honremos cristianamente —decía el Padre Morán, arrellanándose en su sillón y apagando, con el ba-

lanceo de su cabeza, el crepúsculo de la garza. Que reverenciemos su memoria con nuestros actos y con nuestra devoción a Dios. Porque no hay un culto de los muertos fuera del culto de Dios.

Dios es el maestro y el Padre Morán la máquina, pensaba Bonel. Pero ésta era una sesión mucho más plácida, entre los almohadones, la palma, el cuadro de Amelia y el Cristo de marfil en el muro.

—Tú has sido un buen hijo —insistía el cura, recorriéndolo con sus ojos azules, que miraban sin penetración. La has respetado en vida, y año a año has hecho oficiar misas por su descanso eterno, desde que el Señor se la llevó. ¿Qué más puede pedirte ella en sus sueños, qué más puede pedirte Dios?

Y ahora el arrellanado era él: arrellanado en su bergère de tapiz de gobelinos y en la confortable tranquilidad de su solvencia ante el Cielo.

—Es tu fórmula de siempre —atacó Reyes. El cirujano y también la homeopatía para las amígdalas de los chicos; el cura y también el espiritismo para tus problemas. Golpeando al corazón y a la cabeza, como dicen.

Ya estaba arrepentido de habérselo contado. Presentía las generalizaciones de la inteligencia, los falsos contrastes dialécticos y un mismo amaneramiento de la razón para explicarlo todo. *La gran elegía del burgués grosero* —estaría pensando Reyes, que trasponía todas sus observaciones a un plano sociológico, donde él mismo como ser pensante y los demás como sus objetos de experiencia funcionaban por tropismos, llenos de limitaciones características y del drama (ése nunca faltaba), del drama de la época— *la elegía del Gran Burgués grosero que se instala en la vida y toma el dinero para comprar su paz, para aniquilar sus malos re-*

cuertos, para enderezar la memoria de sus torpezas más estúpidas. Y después los retruécanos, les mots cruels. Por si ya no era bastante insoportable la forma en que Esther satirizaba el proyecto, llamándole *la última morada*, Reyes se había agenciado la abreviación distorsiva, su revulsivo lastimoso, propagando una enmienda, *la U. Morada*. Otra vez, aludiendo la subasta de la casa materna, esa subasta que a Bonel le había quedado como un trauma, como un nudo del crecimiento, había dicho: "No hay mejor pañuelo para esas lágrimas que una bandera de remate". ¿Por qué —pensaba ahora Bonel— se lo había perdonado tantas veces y por tanto tiempo? ¿Por qué y en nombre de quién?

Pero esta noche no parecía dispuesto a picotear en el carbunclo del buey, a cebarse en la manse-dumbre ajena.

—Sin salir de tu casa, dijo, ésta es la solución de la cordura. La encontré ayer y voy a leértela.

Tenía un libro de pasta española en la mano, y sólo lo dejaba de tanto en tanto, para volver a su vaso de whisky.

—"Buscar buen entierro y mala muerte —comenzó a recitar Reyes, con una unción equívoca, que amonestaba el posible efecto culterano del recurso— muchos lo hacen y todos lo yerran; morir santamente importa, estar magníficamente enterrado no. Solicitar la comodidad aliñada de sus gusanos y homenaje opulento para su corrupción o cenizas, locura prolija es, que pasa de la muerte; cuidar que el túmulo llegue al cielo y no la alma, más es descuido que cuidado. No defraudemos la agricultura de la muerte: semilla es nuestro cuerpo para la cosecha del postrero día".

—No hay más que decir, exclamó con alborozo fingido. ¡Nobles y preciosísimas palabras! Y Bonel advirtió —por el tono de la voz— que citaba para elogiar otra cita, haciendo deliberadamente criptológicos el sentido de su admonición y la actitud con que la pronunciaba. Tomó el vaso de whisky e hizo una pausa, mientras miraba tenuemente a Bonel, con ojos maliciosos. Pero él se resistiría a preguntarle qué era, de quién era, por qué lo leía.

Reyes volvió a mirarlo, aunque comprendía que el juego ya estaba cerrado a las dos puntas, que ninguno de los dos arriesgaría un paso. Bonel apenas lo veía, desde la almohadilla del sillón en que reclinaba la cabeza, espesando de un insondable aburrimiento los ojos entornados.

Reyes dejó entonces que flotara o se perdiera entre ellos lo leído. Botella al mar, pensó mientras vertía el resto del abollado frasco color caramelo a su vaso nuevamente vacío. Lo estimó en el ademán de la mano, como si fuera a arrojarlo. También sopesó el libro en la otra, y Bonel admitió que era imposible descifrar el propósito, en aquella confluencia del truco mental ajeno y de su propia abotagada digestión.

El tapiz de gobelinos empezaba a trasmutarse lentamente, y Bonel no tardó en reconocer, sobre el flanco izquierdo del sillón, el antiguo y frecuentado paisaje. Las flores chamuscadas en lo alto, las dos argollas resplandecientes como aldabones, con un fulgor inútilmente presuntuoso, porque nadie las golpearía en el blanco recuadro que anunciaba a Ernesto Bonel, y Ernesto Bonel estaba consumadamente muerto. Lo veía al mismo tiempo, más allá del término en que el paisaje se curvaba en un cielo inflado, para seguir la vuelta del brazo del

sillón. Lo veía, se veía durmiendo más atrás y fuera de escala, como ocurre a menudo en la desafiada lógica de los sueños que incluyen y disciernen, bajo sus propios ojos caudales, al sér que los está secretando. Y ahora, por la arenisca del camino, tomados de la mano, avanzaban juntos el maestro y el Padre Morán. El Padre traía unas flores y las pasaba, con unas monedas, al hombrecillo de tez violácea y cabellos blancos, que subía a escape la escalera y las acomodaba en los jarrones. Se volvía de golpe, ya con los rasgos desvergonzados de Reyes, retándolos, desafiándolos, provocándolos en silencio. Aparecía en su mano el libro de pasta española, y luchando con el viento del sur que hacía flamear las hojas salmodiaba: *Semilla es nuestro cuerpo para la cosecha del postrero día*. Abría entonces la otra mano para dejarles llover sobre su asombro las monedas recibidas, pero sólo se desprendía del gesto arrebatado un viejo polvo gris, un errabundo polén gris que los inundaba impalpablemente, como cenizas.

VI

En un principio, Esther había rehusado tomarse el menor interés directo en el asunto. "Jamás iré", había dicho, volviendo a su manía de la cremación. Pero luego los dos habían firmado la promesa, ya que la cesión era —de todos modos— ganancial. Y él mismo la había empujado a que interviniese, por aquel temor recurrente que le hacía buscar en ella, en cuanto asomaban las responsabilidades, el

sostén que antes había hallado en la madre, la sustitución averiada pero forzosa de aquel apoyo.

Así era como Esther, invasoramente, se había adueñado de la iniciativa, había elegido —entre recomendaciones igualmente vagas— a uno de los arquitectos, había manejado negociaciones, regateos y planos.

Hoy mismo, en el estudio de Horacio Mario Greco, entre diseños heliográficos, cortes transversales, detalles de columnas, cálculos de resistencia, sentados los tres en los taburetes, ante las tablas que estaqueaban el antiguo sueño, ella hablaba y disponía, echado sobre la nuca el redondo sombrero de castor, fumando —inopinadamente para Bonel— a instancias del arquitecto.

—Lo primero, por supuesto, es demoler la bóveda desfondada que hay ahora. Es inservible, pero ustedes ya sabían que sólo compraban el terreno, dijo Greco.

—Por lo menos —pensó Bonel— ése es un trabajo que ella no va a disputarme. La vieja cueva estaba parcialmente inundada, rajada de lado a lado, con su lápida desquiciada y hundida, como si le hubiesen bailado encima.

Pero Greco sí lo dispondría. Era la imagen de la suficiencia, de una suficiencia simple, saludable, deportiva. Alto, delgado, ancho de hombros y angosto de cintura, respiraba un vigor descuidado e indócil en cuanto hacía, en el menor movimiento de su cuerpo. Bonel lo veía inclinarse ahora sobre el plano, el cigarrillo en una de las comisuras, los ojos pardos fruncidos bajo la espiral de humo. Tenía un perfil acarnerado y una frente lobulosa, con la voluta de un cerquillo crespo y corto, que daba al rostro entero una condición cruel, ascética, monacal ("usa flequillo como los maricas o el David",

había dicho Reyes, proponiendo una alternativa indiferente). Desde su inabandonable sentido del propio ridículo, Bonel no podía dejar de admirarlo, de profesarle la admiración suntuaria que puede sentirse por un lebrel o por un caballo. Con el pañuelo de lunares atado al cuello, el chaleco escocés con los colores de St. Andrew, el saco de tweed verdoso, de grandes bolsillos aplicados (y bastos respaldos de color amarillo), con las medias de damero y los mocasines de hebilla, era increíble que no fuese un cretino, era increíble que no perdiera esa pujanza fundamental de la naturaleza y de la juventud, que alentaba en todos sus actos. Era realmente "un tipo moderno", como decía Esther con un dejo de entusiasmo resentido, un acento en cuyo fondo se adivinaba la frustración, la impresentabilidad, la prematura vejez de obesidad a que se había apareado, todo eso que se llamaba —para ella— Ernesto Bonel.

Y el claro *atelier* lo inscribía sin violencia, lo apuntaba desde todos los ángulos. El piso era de caucho, de grandes panes jaspeados en gris y azul; junto a la pared opuesta a los ventanales y a los caballetes, un pequeño bar de cedro con tres bancos ochavaba un rincón. Por encima del mostrador, suspendidos de un cordaje marino, llameaban banderines de universidades y de clubes, del rojo al blanco y al verde. Detrás de éstos, en el bastidor de arpillera que enmarcaba el bar, tachonándolo en desorden, lucían abigarradamente las más dispares cajillas de fósforos, con leyendas de hoteles europeos, de termas, de transatlánticos. Sobre el mismo lado aunque en otro panel, separada del bar por la abertura sin puerta, por la simple cortina azul pesada que introducía al resto ignorado del apartamento, corría una estantería excedida por cientos

de libros colocados en profusión, que llenaban todos sus intersticios. Y en la pared lateral que avanzaba hacia los vitrales del frente, colgaban "La mujer en blanco" de Picasso y "Los jugadores de cartas" de Cézanne, en dos reproducciones americanas.

—El proyecto me gusta mucho, estaba diciendo Esther. Pero hay algo que quiero proponerle. Los letreros. En vez de decir sólo "Bonel", al frente, creo que debe decir "Bonel" y "Reyes", un nombre a cada lado, al pie de la cruz. Son cinco y cinco letras, queda bien.

—Yo sólo le había indicado que pusiese Bonel, me parece bastante —dijo Ernesto, con un disgusto apenas contenido.

—Bonel Reyes —repuso la mujer— se llaman nuestros hijos, y lo que nosotros hacemos hoy mañana será de ellos.

Como una oleada, sintió subir en él la eterna, la torpe impotencia. Cuando de niño le hacían unos anchos pantalones tubulares que le rozaban las corvas, para recatar las rodillas deformes, miraba con enconado repudio las rodillas desnudas de los demás. Ahora, cuando Esther extraía de la mezquinidad estas razones irrefutables, asistía con la misma indefensión vergonzosa a la desvergüenza ajena, se rendía a la vieja indolencia culpable que sólo en un instante de estupidez había querido violar.

Veía ya aquellos dos nombres trazados a lo ancho del basamento con cinco y cinco letras, y empezaba a comprender que su santuario estaba prostituido, que habían viciado el aura de sus mejores sentimientos, que en la cepa de cualquier ambición suya estaría siempre la cobardía, esa cobardía que lo hacía ceder aplastándose, como una gallina, al coito de las ambiciones de los demás.

“Los letreros”. Los nombres, las tradiciones de familia, la cara restante de los difuntos eran para ella letreros; anuncios de la vanidad, banderas.

Pero Esther ya lo había suprimido y estaba en otro tema, del que Greco hablaba con una cortesía docente, con un sentido de patrocinio equívoco, casi carifoso.

—¿No ha visto la cabra dibujada con tizas de colores, que publicaron en *Paris Match*? ¿Y la cabeza de mono hecha en bronce, que copia la careta, los faros y los guardabarros de un *Dyna Panhard*?

Picasso era *grande*, decía Esther. ¿Cuándo lo había sabido, de dónde había tomado esos nombres —Dali, Klee, Rouault— que devolvía a la conversación para que el otro se le echase encima, y ella fuese ganando algo más que la desatinada memoria con que los mezclaba y confundía?

¿Para esto, para hablar de Kandinsky, había llegado él, a través de tantos días y de tanta paciencia, hasta esta tarde y hasta aquí?

En el camino estaban los procuradores, el cohecho, los funcionarios municipales, las reducciones y el abogado. Cuando hubo concluido el negocio, y a cuenta de acreditarse la razón de lo que había pagado, se creyó en el caso de referir al abogado el plan de lo que pensaba hacer. El otro se demostraba escuchándolo, no tenía tal vez en toda la jornada otro cliente a quien venderle su tiempo.

—Cuidado con la elocuencia funeraria —le previno echándose atrás en su sillón giratorio, recostando en la pared la congestiva y calva cabeza, cuando Bonel hubo terminado con los últimos capiteles que proyectaba erigir. Cuidado con la carga, con el prejuicio de lo sig-ni-fi-ca-ti-vo. En el Cementerio Central está la tumba de mi profesor

de Romano; es un hermoso panteón de mármol negro (decía “un hermoso panteón de mármol negro” como hubiera podido decir “un espléndido jaguar”, con la misma entonación vital, panteísta; acaso —se figuró Bonel— concebía a los panteones como lujosos rebaños de animales echados). Casi enteramente sobrio. Pero en una de las esquinas hay un libro de bronce, empuinado y abierto, y en una de sus hojas se lee “*Suum quique tribuere*”, con unas letras enormes. ¿Y sabe lo que quiere decir? —agregaba, disfrutando previamente de aquella ignorancia que le daba la ocasión de explicarlo. Quiere decir que cada uno paga lo suyo, es un principio de los que él nos enseñaba. Lo he retenido siempre porque en la mesa del café lo decíamos, cuando cada uno pagaba lo que había consumido. El escultor, digo yo, ¿le cantaba *Suum quique tribuere* al muerto en nombre de la Muerte o a los herederos en nombre de su trabajo? ¡Vaya a saberlo!

Ella estaba “encantada”, como solía vociferarlo. Greco había abierto ahora un álbum de tapas de lino, y la asediaba recitando frases sobre Gauguin, y el retorno a lo primitivo, a la tierra, a la naturaleza y al hombre.

—Durante cincuenta años los jardineros producen dalias dobles —decía—, hasta que un buen día vuelven a las dalias simples.

Aquella conversación lo excluía, como lo excluían sus propios sueños y los sueños de los demás, como lo excluían su dinero y el recuerdo de su madre.

Se había acercado a la pared a mirar a Picasso, a ver cómo se chamuscaba en lo alto, en la confiada redondez de sus rasgos, la mujer en blanco. Se dio vuelta y los vio, inclinados sobre el álbum: Greco

estaba diciendo "El oro de sus cuerpos" y el corto vellón rubio de su frente rozaba casi la mejilla de Esther. Bonel sintió que no tenía coraje para encarar aquella rápida comunión de los esnobs, y tomó de la mesita que tenía a su lado un libro cualquiera. Lo abrió y leyó el trozo subrayado en lápiz rojo: "El artista segrega nostalgia alrededor de su vida, como los gusanos estucan sus túneles, las orugas tejen sus capullos y las golondrinas mastican sus nidos". Y el cornudo segrega nostalgia alrededor del fracaso, parodió. Esa es mi fórmula. El único recurso era volverse hacia atrás, como el monigote del buen tiempo en los días de lluvia; volverse a la matriz oscura de donde hemos salido, al ciego calor animal de los orígenes, cuando nada nos pedía que abriésemos los ojos y estábamos *dentro* del ser que verdaderamente nos amaba.

V

Contra lo que Bonel creía, ella era capaz de imaginarse que algo podría haber sido diferente de lo que fue. Tenía el libro sobre la falda y dentro de él iba escribiendo la carta. Un libro era el mejor sitio para esconder algo que se temiera que pudiese llegar a manos de él.

"Señor —puso— estoy casada hace diez años con un hombre a quien nunca quise".

Ciomasario no podía aprobar la solución del consultorio sentimental, era la baja estirpe de cursilería que lo habría escandalizado. Pero él mismo le había enseñado que cada uno puede extraer un sabor de intimidad de sus inconsecuencias, así fuera la de tener una cama de bronce con perillas y el

"Sí" de Rudyard Kipling a la cabecera, como él tenía. Cual si acariciase el pomo de una espada antes de empuñarla para una batalla, él oprimía y hacía girar esas perillas, mientras le preguntaba sin aplomo:

—¿Qué te parece?

No había sabido qué contestarle de pronto, porque la pesada cortina de felpa azul separaba dos mundos distintos, y en este otro el mismo Horacio cambiaba de nombre y de vestimenta, llevaba puesto un viejo saco con alamares, color habano, levemente raído en los codos, que le desarmaba los hombros y le daba un aire trémulo e inconstante, una apariencia de convalescente que era aún más provocativa que la imagen de su salud.

—Me parece muy bien, había dicho por fin, con una sencillez inafectada.

La mesa de luz era también anacrónica, con su repisa de mármol vetado y las asas labradas brillando sordamente en la caoba. Encima de ella, un tríptico con guarniciones de pana azul encerraba tres poemas impresos en letra muy menuda, en forma de ojivas.

—¿Qué es esto?, había preguntado Esther.

—Tres poemas de I fioretti, de San Francisco. II Poverello, había añadido, como si el solo apodo difundiera la conmiseración; pero ella no había podido comprenderlo, y tampoco se había animado a insistir.

En la otra mesa de luz, más distante de la cama, se apilaban revueltamente más libros, y en el angosto pretil que ellos dejaban convivían tres pipas y una navaja. Sobre ese desorden se abría un recuadro negro, rígido, sobrenadado por una mancha lechosa, de incertidumbre fantasmal.

—¿Y aquello?, dijo apuntando con el dedo.

—Mi radiografía de cráneo, dijo Ciomario, sin desear la sorpresa. Cuando me estrellé con la moto, la calavera se me agrietó y la tuve enyesada por un tiempo. Al sacarme el yeso, me tomaron esta placa de perfil. Iba a tirarla cuando me la dieron, pero pensé que ése es nuestro retrato de futuro, el que nos llama a ser humildes hasta en la hora de la locura, y la colgué así. Si te molesta la bajo.

Ella se rió, negándolo. Pero la mancha flotó también sobre la hora de su locura, sobre la desgarrada hora del adulterio. Él era un triste, después de todo y acaso todos los hombres lo eran. ¿Es forzoso que devuelvan una oquedad reseca a quien se lanza sobre ellos para exprimirse, para exprimirlos, para exprimir en ambos la ocasión? Lo veía yacer en el empañado fulgor de las perillas de bronce, devastado bajo ese palio sucio. Ya no era el tipo moderno ni el David ni nadie; pero lo amaba porque era él y porque la había ayudado a rejuvenecerse.

Oyó las pisadas de Bonel y cerró el libro. Él entró deshaciéndose la corbata, todavía con el sombrero puesto.

—Me encontré con Elenita en la calle, dijo. Está enojada contigo, porque sabe que la semana pasada, en el aniversario de tus padres, le dijiste una grosería, para no dejarla intervenir en el arreglo del panteón. Dice que le gritaste por teléfono que si los padres eran de las dos, el panteón era sólo tuyo y que tú lo arreglabas. No tuviste razón.

—¿Y qué querías que le dijese? —repuso, con la acritud de haber sido interrumpida. ¿Preferirías que la hubiera dejado que fuese a llenar de gladiolos y cartuchos las letras de los nombres y las argollas, como hizo la última vez?

Él estaba por acreditarle un principio de despojado buen gusto, cuando ella agregó:

—¿Cómo se ve que no es ella la que tiene que ir después a fregar los bronce?

La recordaba el día en que fue al cementerio vestida de pantalones, para poder bajar a la bóveda y disponer a un lado a sus parientes y al otros a los de Bonel, de modo que las "promiscuidades anacrónicas" fueran materialmente más suaves. Así creía ella que arreglaba el problema, los perpetuos lechos humanos, la eternidad desapacible de aquellas "dos alas". Tampoco iba a rezar a aquel sitio, cuando se le veía inclinada sobre la lápida. Tenía un tarrito de emulsión en la mano y fregaba los bronce, los bronce que le daban ese derecho de expropiar a sus muertos.

—¿Puedo bañarme?, cortó él, porque era inútil discutirle. ¿No te importa que el baño ya esté pasado?

"Señor" —releyó cuando él hubo desaparecido. "Estoy casada hace diez años con un hombre a quien nunca quise".

Pensó en suprimir la palabra "Señor", aquella invocación excesiva al encargado del consultorio, que daba a todo el período el acento de una súplica, de una yerma plegaria por nuestras infelicidades confesadas. ¿Qué pondría en su sitio?

Corrió el papel y leyó en el libro el fragmento que tantas veces sus ojos habían recorrido. "De esa manera apartó a su madre, saltando, bailando y triscando fantásticamente entre los túmulos del cementerio, como quien nada tiene de común con la generación desaparecida y enterrada, ni se siente emparentada con ella. Parecía un ser hecho con elementos nuevos y a quien todo debiera serle permitido, que quisiera vivir su propia vida y cons-

tituir su propia ley, sin que sus excentricidades pudieran ser consideradas faltas".

¿Por qué —pensó— Ciomario había insistido en que leyera este libro tan cruel, en que la adúltera lleva la letra que anuncia su infamia, bordada o cosida sobre sus vestiduras? No podía pensar en el mero sadismo, pero sí en el cansancio.

La imagen de la A en el pecho de la mujer, le dio la clave de la otra letra. Era la teoría de Ciomario, su teoría de Amorequis.

—Las líneas que marcan la pasión del hombre y de la mujer por poseerse uno al otro son líneas cruzadas, había dicho él. Trazan una equis. Cuando se acuestan por primera vez, ya la línea del hombre viene cayendo, con relación a un deseo más intenso que tuvo la semana anterior, en un momento cualquiera de un día en que aún era imposible. La línea de la mujer, en cambio, recién va subiendo; y se entrega para seguir subiendo. Ésa es la intersección. Con el tiempo, las líneas van abriéndose cada vez más. El hombre baja y baja, la mujer sube y sube. Pero la letra tiene una proporción, la mitad derecha no puede ser tanto mayor que la izquierda.

Ésa era la teoría de Amorequis y no, como ella había creído a la simple mención de la letra, una alusión al enigma carnal de las posesiones. Era algo más egoísta, más idiota y más crudo.

—Y ahora —pensaba— ¿él no tendría una equis enorme que le abrasara el pecho y lo hartara de ella, una equis de lado a lado, como en un buzo de deportes?

Se habían prometido no mentirse el aburrimiento, pero la clandestinidad era un vínculo tan fuerte como el matrimonio, y más encenagado y cobarde. Al cabo de un tiempo, ella seguía precisándo-

lo acerbamente, pero el trípico de II Proverello y el café de bola hecho en el matraz para retener la despedida, la estaban royendo con algo peor que la sensación de rutina, con una vergüenza crasa del cuerpo y de la entrega, con la desolada certeza de que ya se habían tomado uno al otro, hasta el fondo insocorrible de sus seres, el olor físico y el pulso hastiado. Si algo no los obligaba por encima del placer cada vez más mecánico, más rápidamente consumido y más desmantelado de razones, tenía que existir por lo menos esa cobardía, para que aquello fuera estar casada dos veces, imposibilitada dos veces de decir que no.

"Tengo —volvió a escribir— dos hijos pupilos en un colegio, pero ellos nunca han necesitado de mí ni han llenado el vacío que hasta hace muy poco era mi vida". Estaba hincada ante el locutorio, pero tenía la suerte de confiar a una penumbra más segura su identidad y su cara, la propia repulsión íntima de estarse desvistiendo para exponerse al cilicio o echarse entre las sábanas.

VI

Bonel tenía la revista doblada ante sí, con una esquina entorchada por cruces de tinta.

"A Hester Prynne —volvió a leer. Me dice usted que nunca quiso a su marido y que quiere, en cambio, a un hombre que entró en su vida por un motivo de relación profesional (¿su médico, quizás?). Sus dos hijos no precisan de usted, ni aparentemente usted de ellos. Me pregunta qué debe hacer: si le dice todo a su marido y se va, o si

cancela esa situación amorosa, de la que sospecha que su amigo está cansado. Mi respuesta es una: sea honesta y leal con usted misma, sea auténtica. Siga lo que sea su impulso interior”.

Y luego, escrito a máquina en el margen de la revista: “Y usted, Ernesto, ¿no tiene nada que declarar?”.

No quería dejarse aturdir por la revelación, una revelación a medias después de todo, por lo que su instinto —sí, su instinto de buey, aunque sólo fuese su instinto de buey— ya le dijera, y por lo que la misma consulta escamoteaba. “Situación amorosa”, ¿podría saberse exactamente qué era?

Sólo él, sólo Greco —con el pelo cortito y las quijadas enflaquecidas— se presentaba como el corresponsal de la noticia y el autor del anónimo agregado a máquina; sólo de él podía esperarse esa solución remisiva, esa forma de desnucar el caso.

“¿Su médico, quizás?”. Abominaba de esa gente ávida de saquear lo ajeno, de saberlo bajo excusa profesional: el sadismo de los consultorios sentimentales, la puerca comezón de los médicos, de los abogados y de los confesores para inquirirlo todo con un aire martirizado y bebérselo con los ojos entrecerrados, en la mentida displicencia de un acto de oficio. Conocía esos consultores de los diarios, conocía a un hombre a quien se le había suicidado un hijo y resolvía las tribulaciones de los demás, a una mujer picada de viruelas que hacía predicciones grafológicas y fallaba acerca del amor; toda esa humanidad que no tiene cara para hacerse creer, pero sin embargo dice (y es creída cuando dice) “Siga lo que sea su impulso interior”, “Tenga el coraje de su verdad interior”, simulando que los pobres diablos que acuden a su miseria conocen ese

impulso y esa verdad, cuando lo que están pidiendo es que los ayuden a descubrirlos.

“Hester Prynne”. ¿Por qué Prynne, qué clase de anagrama era ése? Trabajaba con encarnizamiento (para provocarse la fatiga) en la cantera de los detalles, de las escapatorias, de los pretextos; eran su flojo fatalismo, su ominoso miedo esencial, la penosa inercia de sentimientos los que estaban trabajando por él, los que querían desembarazarlo del compromiso de enfrentarse al asunto.

Pero, ¿no la había engañado él antes, monstruosamente, con el amor privativo de su madre, con aquella desorbitada devoción punitiva que lo había auxiliado a destiempo, que redoblaba desde que Esther había aparecido, que cundía hacia su mujer para sofocarla, para asumir el primer papel del reparto, aun con violencia del candor de lo verosímil, como ocurre en el teatro cuando una vieja diva ridiculiza a sus actrices jóvenes, si bien al precio de ajarse también ella?

Cuando estaba en cama y le pedía “eI cuento triste”, él era el Federico de “Sangre romañola” y su madre era la abuela, su madre salía de su madre para que él muriese apuñaleado por su causa. Ahora ella volvía a su sueño otoñal y él sonreía apuñaleado; los dos habían ganado su descanso, el purgatorio filial había concluído.

Su padre casi no había existido. Su misma muerte fue una elipsis de la que sólo el tiempo le dio el contenido. Pasó varios días fuera de su casa, en el campo —jugando de sol a sol con los primos— y no lo halló al volver, ni se le habló de él por largo tiempo. No sabía entonces qué era la muerte, pero su retracción automática consistía en no preguntar acerca de una sospecha que nadie removía en su ánimo. Tenía de él un vago recuerdo inciden-

tal: la rueda giratoria del Parque Rodó y los dos sentados juntos, las letras rojas leídas del revés, que guiñaban el anuncio más bajo de "El Ciclón", y la musiquita al pie, una musiquita persistente, opaca, rascada a intervalos por los rabiosos rieles de "El látigo", una musiquita que su padre le había anunciado que duraría tanto como las vueltas de la rueda, mientras ella daba sus giros lentamente, subiéndolo entre el cielo y la cercanía del mar como por el hueco de una mano, a medida que se desvanecía el horror de aquel contorno de falso matedero, y estaba más distante "El Ciclón" con su anuncio y sus cortinitas rojas que agitaba el paso del tren, y se achataba más el quiosco en que el hombre cortaba en dos a la mujer y hacía gotear la sangre del alfanje, y luego presentaba a la mujer indemne y allegaba la palangana llena de pintura roja y abría con el alfanje la hendidura de la madera del cepo, por donde aquel humor había manado. Ése era el recuerdo de su padre, la angustia de que el hombre barbudo y maquinal que asistía los movimientos de la rueda pudiera dejarlos suspensos en lo alto, indefinidamente, y la hemorragia nasal, en que alguien había chispeado unas gotas sobre el ala del sombrero del padre, los anegase a ambos, y la madre ya no supiese si esperarlos abajo o venir corriendo hacia ellos.

Su madre, en cambio, existía carnalmente: ella era Europa y los lugares que podían volver a encontrarse, era el *Corazón* y las páginas que podían volver a leerse, era el marchito cuaderno de las composiciones escolares y todos los rincones de la memoria.

Que te dejen en paz —parecía decirle desde la sede de esos recuerdos—, *que te dejen en paz, hijo mío.*

Hay una clase de imaginación que sólo sirve para vengarse de la realidad, que tiene ese carácter de oprobioso desquite. Él la había padecido desde niño, y la madre —acodada a su alma como nunca nadie lo había estado— había combatido contra ella, había pretendido destruirla para que en su nicho vacío crecieran otras apetencias. Cuando había escrito la composición "El Río", su madre había hablado con los maestros, y su aflicción no había sido entendida. En El Río, Bonel se retrataba a caballo, yendo hacia una barranca que dominaba el curso de la corriente. Desde allí veía agitarse a otros niños, que empujaban una canoa hacia el agua. Habría querido lanzarse a su encuentro, participar de la fatiga y su premio. Pero no lo habrían admitido (¿porque era muy gordo, porque era un extraño?) y ante ese pensamiento se quedaba mirándolos, deshecho en llanto. "Ah, sollozaba —así había escrito— si pudiese haber ido con ellos sería feliz". Hasta que de pronto, cuando el clima de su infelicidad había alcanzado una tensión agobiadora, cuando le estaba ofreciendo una implacable plenitud de castración —la misma que avanzaría sobre sus años siguientes—, la canoa había girado, envuelta en un gran remolino, y los chicos, gritando y burbujeando entre las aguas, se habían ahogado. La moraleja, la incoherente moraleja aludía a la felicidad contrariada de unos minutos antes, como el único precio posible para seguir estando vivo.

Y ese río había seguido fluyendo secretamente alrededor de él, segregando la terca nostalgia que rodeaba a sus frustraciones; él había querido entorpecer las fuentes de esa nostalgia, había construido el santuario como si en él pudiese apresarla, había erigido a una condición esquiva de su propia paz, expoliada en los otros, la última mora-

da, se agasajaba a sí mismo en la piedad que vertían sus entrañas, porque todo él, torpe y vacilante y rollizo, era un atado de piedad, era una gran plegaria cobarde en cuyo centro se arrodillaba por sí mismo, lleno de auto conmiseración y de lascivia.

¿Y si se diese a un último y verdadero acto de piedad, si ocupase su propio sitio en el mausoleo que se había consagrado por delegación en los otros, si se pegase un tiro? Se vio flotando en el río en su propia canoa, no en esas canoas de los otros que eran los pocos ataúdes sobre los que en su vida había llorado. ¿Si fuese descarnadamente él la causa opresiva de sus compungimientos, si la puerta que dudase en abrir y que le cosquilleara su miedo, como una emanación directa de su cuerpo devuelta desde afuera a la palma de su mano, franquease el paso hacia donde él mismo hubiera muerto, y donde el aire estuviese lóbrego de su propia presencia? Sentía grandes oleadas de un orgullo confuso, la inminencia del acto capital, la misma oscura causa de orgullo de la noche de bodas y del espasmo ya próximo.

Pero no: su posteridad iba a perder la pista de esa tradición en que él era el hijo y su madre, el oficiante y su dios, la muerte y el deudo. Apareció ante sus ojos, como si la revista del consultorio sentimental la hubiera publicado, una participación fúnebre que encabezaban "Su esposa, Hester Prynne, su arquitecto, Horacio Greco", y donde lo anunciaban enterrado en otro sitio, o tal vez cremado y puestas en un sobre sus cenizas. Él tenía que seguirse, que rescatar a su propia mujer, para hundirla en él como en un fondo ciego, para alimentar ese fuego en que él ardía gracias a la consunción de los otros.

La gran elegía, la elegía del burgués impío que no ha reverenciado a nadie a tiempo y quiere comprar la paz y bajar los brazos y decir "basta", decirlo hoy porque está mortalmente cansado y no ayer cuando no era todavía su momento. Y decir basta y basta y basta y ser obedecido.

Apiádate de ti —le decía la madre, viniendo en camisón sobre su imagen más árida. Haz que te dejen tranquilo y déjate tranquilo, compra de algún modo el sosiego en ti y en los demás.

Sintió que su mujer volvía de la calle. ¿Había ido a ver a Horacio, a preguntarle cuál era entrañablemente su impulso, a acoplarse con él para indagarlo en el tirón del placer y después en el asco?

La vio echarse atrás el sombrero de fieltro, como el primer día de la visita a Greco; tenía los labios vueltos a pintar y unos ojos cansados.

No pensó, en su avasalladora confianza, que tuviese que ocultar la revista.

—He tomado una resolución que te deja pocos días de preparativos, le dijo. A principios de mes nos vamos a Europa.

Esther se quedó petrificada, en el acto de esponjarse el pelo.

Bonel, feroz en la ventaja de su iniciativa, se tendió posesivamente hacia ella, con una mirada intensa y sin réplica, esperando que ella le rebotase su impulso interior, el famoso impulso de la verdad interior. Pero sólo pudo descubrir en su cara un escozor de oscuro agradecimiento y la paz que había resuelto arrancarle.

EL LAZO EN LA ALDABA

Todo el mundo había salido a la calle para las compras de Nochebuena, y a media mañana Dieciocho y Río Negro hervía de gente y empujones. Fue por eso que Joaquín la tomó del brazo, delicadamente, como a la vieja y raída impedimenta que tras años bravíos y suntuosos había llegado a ser, y la llevó casi hasta San José.

—¿Quiere que vayamos a tomar algo fresco, tía?, dijo, porque el calor seco vibraba en la radiosa mañana y la reverberación del pavimento se filtraba por los intersticios de la gran figura adiposa, puesta en jarras y respirando afanosamente su fatiga.

—No, contestó ella. Quedémonos un minuto aquí, a la sombra, mientras descanso un poco, y te dejo seguir. Hoy es un día en que todo el mundo anda corriendo.

La miró entonces casi ponderativamente. Se la creería mucho más vieja que Madre, aunque era varios años menor; ocho o diez, por lo menos. Estaba arruinada y derruida; se daba el lujo paradójal de verse a un tiempo flácida y edematosa, de ser enorme y parecer consumida. Tenía el ojo izquierdo semicerrado, como oprimido desde arriba por una fuerza instalada en uno de los lóbulos frontales, y la ceja derecha se alzaba compensatoriamente, para una inquisición a destiempo, que no rima-

ba con las palabras; porque ella había vivido de prisa, había dilapidado lo suyo y en última esencia ya no preguntaba.

—Tengo que decirte que estoy muy enferma —exclamaba ahora, con un dejo de la antigua y famosa coquetería. Los médicos no quieren decirme, pero yo sé que tengo un tumor en la cabeza. Ya no veo más que con un ojo. De todos modos, sabrás que a mis hijas no les impresiona nada. Cecilia ha catequizado a Clarita y se la ha llevado a vivir con ella; y Alberto está en Buenos Aires, pero es como si estuviera en la China. Ya ni me escribe. A propósito... —dijo volublemente; en esa obstinación errática se daba una pausa para sonreír, desafinando con lo que barbotaba, y esa sonrisa martirizante, alentada por un solo párpado, hacía sin embargo que aleteara instantánea y perdidamente un resto de la pasada gracia... —¿No tienes un amigo abogado? Tengo que hacer una consulta sobre pensiones y no puedo pagarla. ¡Ni hablar de pagarla! Cecilia ha convencido a Clarita de que, como es menor, tiene derecho a la mitad de la pensión que me dejó Miguel. Y dicen que si no se la cedo a las buenas, van a pedírmela judicialmente. ¿Te das cuenta? A veces pienso qué habría dicho el pobre Miguel, si viera todo esto.

Habría dicho, con toda razón, que ella tenía el vestido puesto del revés, con las costuras para afuera. Era un vestido que quizás había sido hermoso y ahora era tan sólo anacrónico. ¡El pobre Miguel! "Entre él, de guerrera desteñida y alpargatas, tomando mate debajo del naranjo, y el gallo de riña picoteando alrededor de sus pies, el dueño de casa parecía el gallo", le gustaba repetir a su madre. Y ese traje con las costuras para afuera —se sorprendió pensando Joaquín, con una suave modestia de

la imaginación— es el dorso de las cosas, que le devuelve la vejez; lo único que le queda.

—Tú seguirás siendo un poco poeta. Hay gente que lee lo que escribes, y dice que está bien. Yo no leo hace mucho; ni podría ni tengo ganas. Y tu madre podrá decirte cuánto leía de chica.

Pero entre esos años de la lectura y éstos de la ruina estaba, tendida como un perro innombrable, la vida. Y Tía —que se llamaba sabrosamente Amanda— no había visto durante todo ese tiempo para nada a Madre, que era flaca, apergaminada y virtuosa, y sólo se llamaba Luisa.

—¡Pensar que tu madre me tenía en las rodillas y no nos visitamos hace tantos años! Al verte se me ocurrió una cosa graciosa —dijo, y regresó furtivamente el rictus apodado sonrisa. ¿Cómo de tu madre, tan frágil y de huesos tan chiquitos, pudo salir un jastial como tú? Menos mal que escribes, y en eso te le pareces, aunque ella no escribiera.

Es medio tocame un schottish, decía Madre con una cómica indulgencia, para poder perdonarla; era seguramente a estos despropósitos llenos de una vaga, aristocrática y arrumbada simpatía de niña, mujer y vieja consentidas a los que quería aludir y envolver en la frase. “Y alguna de sus tilingüerías fue trágica, como la de casarse con ese mediocre... o sus galones”.

—¿Y qué es de tu madre?, estaba preguntando. ¿Sigúe viviendo, en la quinta o la vendieron? ¡A que te regaló a tí la biblioteca de Papá! ¿O prefieres a la mujercita?... ¿Cómo es que se llama?

—Herminia, dijo Joaquín.

—El nombre de Mamá, es claro. Pero yo estoy tan insensibilizada, como estamos todos los viejos, que ahora me parece un nombre horrible, y no dejaría que se lo pusieran a nadie. ¡Herminia! Mamá

no se parecía a la idea de ese nombre. ¿Cómo Luisa, que es tan inteligente, no se dio cuenta?

Es imposible contestarle lo de la biblioteca de Abuelo ni nada, pensó Joaquín. Siempre salta a otra cosa, y en realidad no precisa las respuestas.

—Pero tu madre fue siempre tan seria, y se sintió siempre tan comprometida por las cosas, así fuera por el nombre sacramental de los mayores...

Esto ya era un poco de cordial difamación, aunque no había derecho a reconvenirla. También acerca de Amanda se habían aventurado conjeturas inverificables, y la muerte prematura de Miguel la había fijado, para los otros, sobre la imagen delicuescente y mortal del adulterio como a la mariposa de la caja de insectos sobre la decoloración del papel y el polvo molido de las alas. ¿Y acaso lo sabían con tanta ferocidad como lo decían, y aun con tanta ferocidad como desde hacía años lo callaban, amontonando alrededor de su nombre un silencio ilevantable?

—Tendría que ir a ver a Luisa. Pero me parece que no tengo derecho a darle la lata con mis miserias. Con las solas miserias que se me asoman a la cara —corrigió casi alegremente. Tu madre es una de esas personas tan rígidas, que cuando uno no la ha visto por un tiempo la detiene desde lejos con su reproche. Sí, aunque sólo sea con el reproche de una mirada.

Un reflejo de luz, rebotado por la vidriera, a espaldas de Joaquín, hizo destellar una gota de acuosa destilación (sería tramposo llamarle lágrima) en el lacrimal del ojo semicerrado.

—Además, tendría que ir en taxi, y realmente no puedo. Hoy mismo he caminado doce cuadras, por no tomar un tranvía.

Ya no hay tranvías en Montevideo, pero ella seguía bautizando así los viajes que no hacía.

—Tía, dijo Joaquín, en un acceso de generosidad que tenía la urgencia de expeler, para que no se le aposentara en la boca. Tome y tenga —y le abrió le arrugada cartera, poniéndole un billete de cien pesos. Hoy tiene que llevarle algo a los nietos. Hágame ese gusto.

—Tú eres muy bueno —prorrumpió ella rumbosamente, como si pasara por alto, con magnanimidad, un rastacuerismo ajeno, una vez que había discernido en él la buena intención. El poeta que dicen, insistió. Pero quién sabe si me animo a verlos. Cecilia no ha hablado bien de mí delante de ellos, y me miran con extrañeza, o por lo menos me tratan con un gran desapego. Una está a veces de sobra en el mundo, sobre todo si el tumor que tiene sentado en la cabeza no se apura por nada. Y ése es mi caso, querido.

Habría sido preferible que sonriera otra vez, pero había inventado súbitamente algo distinto y, con un ademán imprevisible y dadivoso, había subido la mano izquierda desde el cierre de la cartera y estaba cacheteándole suave, repetida y aduladoramente una mejilla.

II

“Esta cargazón es el mal gusto de Víctor, que domina en la casa”, pensó al ver la corona con la hoja de muérdago y la campanita de níquel en el panel más alto de la puerta, el lazo de cinta roja en la aldaba circular de bronce que brillaba en el se-

gundo panel. Con toda vulgaridad, como si la alda-
ba fuera la órbita, Víctor había puesto en el centro del círculo una mirilla óptica, que era la marca de su espíritu precavido. Mirar antes de abrir, ése sería su lema. Era triste, pero Cecilia se había ido plegando a aquel estilo de porfiada y opaca mediaña. En otra época le habrían parecido cursis aquella lazada gorda y floja y esta coronita peñuda; ahora tal vez había renunciado a pensar qué le parecían, las había incorporado a la vida como se incorporan la batería de cocina y el cepillo de dientes, sin esperar de ellos belleza ni pedírsela. Se adivinaba la paciencia inánime de Víctor en el trabajo de abrir las dos puntas de la lazada, clavándolas a la madera con escondidos alfileres, para que la mirilla quedase despejada. El ojo del amo no se entorna en Navidad. Cuando al segundo timbrazo se abrió la puerta y la campanilla de níquel osciló sin sonido, el tieso delantal y el halo casi beatífico de una tiara le adelantaron la solidez burguesa de la casa. Tuvo entonces el presentimiento de que el muérdago y la cinta y la mirilla anunciaban una ordalía inconclusa, el curioso retablo al que Joaquín había sido tan ciegamente familista para inducir la y en el que ella había sido lo bastante tonta para empeñarse.

Cecilia estaba de pie sobre una banquetta, arreglando las guirnaldas que corrían, a modo de vertientes, por la rama de pino plantada en una lata —el tronco circuido de arena, el pie ampollado en papel de pandorga— y las agujitas de vidrio que petrificaban el rocío o el deshielo y la débil circulación arterial del sistema de luces. Estaba de pie y se volvió apenas.

—Mamá, dijo sin entusiasmo. Tú por aquí.

—Yo por aquí, contestó agresivamente, pero sintiendo ya la inutilidad del envoltorio que traía en la mano, como presea de reconciliaciones. Yo con mi saludo de Nochebuena.

—Los chicos no están —dijo Cecilia, y el sentido de la frase era inequívoco: se trataba de expedir rápidamente ese saludo y esos obsequios, de pedirlos con ellos. Se han ido con Víctor a comprar unas chucherías más para el árbol. Porque siempre quieren ver algún colgajo que no sea del año pasado. Ya sabes cómo son los chicos.

No decía "ya sabes cómo éramos también nosotros", no aludía a ningún chico con enternecimiento y recuerdo particulares, no mencionaba ninguna experiencia entrañable, ni siquiera la propia como madre. Era otra vez Víctor, envolviendo cuidadosamente los chirimboles de cada árbol desmantelado, para guardarlos hasta la Navidad siguiente. La despectiva palabra "colgajo" era el reproche que les hacía por las compras a que la obligaban; tan mezquina se había vuelto.

—Creo que voy a esperarlos mientras descanso un poco, respondió Amanda. Y se sentó en un sillón que nadie le ofrecía.

Es evidente que ya no estoy incluida en el voto de las nochebuenas, pensó. Víctor hacía que todos juntaran las copas de sidra o los vasos de naranjada y exclamaba, con una emoción insensible a la rutina: ¡Para que el año que viene estemos alrededor del árbol los mismos de hoy, tan sanos como hoy!

Era todo lo que pedía. No quería otra progenie que la de Freddy y Rafael, ni siquiera recelaba en ellos la existencia de una enfermedad insidiosa. Y Amanda ya no figuraba en ese brindis, si es que alguna vez había estado.

Cecilia la miró desde la altura que le daba la banqueta. A pesar de la fórmula desabrida e incidental del recibimiento, hacía meses que no la veía. Y en esos meses habían avanzado sobre ella, al galope, la vejez y la muerte. Estaba horrible —horrible sin simpatía— con ese vestido violeta de pliegues nobles y el colorete demasiado alto en las mejillas, para ocultar o exasperar —no se sabía bien— la demacración del rostro y la pendulante semicuebra de la cabeza que iba y venía, con la desconfianza de un inspector, por todos los ámbitos del *living*. Cuando llegaba un día como éste, allá en el Norte —la infancia y el Norte eran sinónimos en la imaginación de Cecilia, quién sabe con qué disgusto adulto y conyugal por el Sur— ella era el alma de los fuegos artificiales, el prestidigitador de las castañas, las avellanas y las nueces. Se vestía de Padre Noel y sacaba de una canasta, regalos para todos. Papá se maravillaba siempre de que pudiera hacerlo sin que nadie lo supiera —aunque él se dejaba resbalar inerte por éste y otros secretos de que ella era capaz— y sobre todo de que pudiera comprar cosas tan inesperadas en un pueblo como aquél, en que no había pensado que existieran. "Son de contrabando, ¿no?", inquiría perplejo, y ella magnificaba risueñamente el enigma. El alma de los fuegos artificiales y de las tortas de cumpleaños, pensó con involuntaria ternura. Era la hermosa edad en que no se enjuiciaba. Entonces ella había aceptado como natural que la vida la empujara por los hombros sin contestarle las preguntas, sus conatos de preguntas, como Clarita lo admitía ahora de ella. El alma de los fuegos artificiales, ¡y hoy era esto!

—¿Qué saben de tu hermano? ¿Les escribe?

—Tanto como a ti: cero-cero.

Alberto sí que es igual a ella, pensó Cecilia. Simulador, inconsecuente, usurpador de piedades y generosidades ajenas. La inolvidable gallina acezaba, en la siesta de verano, debajo de la higuera. Alberto la señaló de pronto, enarbolando una escoba ¡Esta es la culpable de todo!, gritó frenéticamente. Había una furia contagiosa y fascinante en cuanto hacía, y ella lo siguió. La corrieron, la arrinconaron contra las tapias del gallinero, la cercaron luego en una esquina de la leñera y la deslomaron a escobazos. Ya sin cacarear, rota y cenicienta, la gallina se fue acurrucando, achatando en el suelo, crispando rastreramente, a cada nuevo escobazo, las alas dislocadas. ¡Esta es la culpable de todo! No había podido dejar de oír la vociferación de Alberto. Lo vio treparse después a lo alto de la pila de astillas y dejarse venir con ella, en un alud, sobre el cuerpo de la gallina. Aquello había desagotado súbitamente su fiera. Y cuando el asistente los sacó de allí, diciéndoles que el animal estaba muerto, Alberto había comenzado a escandalizar. Corría y saltaba en redondo, se tiraba de los rulos y repetía el mismo grito: ¡Que la hagan vivir, que la hagan vivir! Entonces llegó la madre a compadecerlo, mientras miraba a Cecilia con ojos reprobatorios. Lo había confortado, le había hecho hundir la cabeza en su falda mientras el asistente pasaba con la gallina rígida y la arrojaba al campo, revolteándola por encima del muro; y finalmente le había dado una barra de chocolate. Él se puso a comerla mientras las lágrimas le bajaban y temblaban por los carrillos, conmovidos por la energía de la masticación; y ella, sentada envidiosamente frente a él (¡lo veía ahora tan claro!), fría y reseca, con una suerte de embriaguez dolorosa del vacío, se preguntaba quién había elegido a la gallina y

quién la había apaleado. Pero Alberto tenía una cara cierta de inocencia, era ya totalmente extraño a su acceso, tenía en el rostro algo enjugado y limpio, la máscara del furor exprimido y pasado, en tanto ella se llevaría de todo aquello una memoria punzante y crispada, una estúpida culpa por la debilidad con que entraba en el desenfreno de los otros. ¡Que la hagan vivir, que la hagan vivir!

—Alberto ha sido siempre un ingrato, no hay que exigirle nada —dijo Amanda. ¡Tan diferente de lo que eran tú y Clarita!

Como si la primera mención materna de su nombre la trajera, Clarita apareció detrás del sillón y se inclinó para besar a su madre. Había una cortesía contenida y aleccionada en la forma en que desde hacía un año —cuando vino a vivir con Cecilia y con Víctor— la trataba.

Tenía ya quince y estaba volviéndose una mujer, pero tenía aún el egoísmo desentendido y desdeñoso de los adolescentes, apareado a una lenta y subyugante timidez. Sus ojos claros miraban como los de Miguel, sin susto ni asombro de las cosas, sin la desazón o la alegría que puede insuflarles a veces el alma. Las cejas pobladas y turbulentas, encima de esa mirada verde, le daban un aire de rotunda y abotagada virginidad, una pesadez que confirmaba carnalmente los labios y los párpados, una gravedad en que el sexo todavía no alumbraba.

—Casualmente, hoy mismo estaba diciéndole a Clarita —argumentó Cecilia, como para presentarla— que teníamos que hablar contigo, por el problema de la pensión, que te planteamos hace meses y quedaste en contestarnos. Ya sabes que Víctor no gana tanto, y que los chicos cuestan cada día más, con el colegio, el uniforme, el ómnibus y todos los otros compromisos. Y tampoco es justo que

Clarita esté atendida a lo que haya de darle su cuñado, pudiendo tener lo suyo.

—Sí, de acuerdo —mintió Amanda. Días pasados consulté a un abogado que me indicó Joaquín, y él va a estudiar la forma de arreglar el asunto. De todos modos, será una componenda provisoria, porque yo voy a seguir cobrando la pensión por muy poco tiempo. Ni me la voy a llevar ni nadie irá a pagármela al otro mundo.

La apelación patética al infortunio, que no habría querido hacer tan demostrativa y expresa, cayó ominosamente en el vacío.

—Sea como sea, no hay que dejar correr más las cosas —repuso Cecilia.

A la madre siempre le había gustado extorsionar con las grandes ideas del abandono, de la separación y de la muerte. Cecilia estaba encogida en su cama de niña, arrebujaada entre las sábanas y con los ojos cerrados, fingiéndose dormida, mientras los padres conversaban a media voz, de pie junto al balcón del dormitorio. "Son unos celos cretinos", decía la madre, siempre en una tonalidad dominadora. "Ya ni asomo la punta de la nariz al balcón, de miedo a que creas que me interesa ver si está de plantón en la esquina o no. Una guardia que hace porque quiere, y que no sé por qué se te ocurre que es por mi causa. ¡Como si yo lo hubiera puesto! Lo que te queda por hacer es cegar las persianas o pedir que te trasladen. Así nos vamos detrás de otro batallón y a otro pueblo, hasta que también allí se te aparezca alguien". El padre no hablaba. Pudo espiarlo mientras iba hacia la persiana y hacía pestañear las tablillas móviles de la celosía, no se sabía si para encarar la posibilidad de condenarlas o para ver si "alguien" cuajaba a esa hora del otro lado de la noche. No habían podido irse del pueblo ni habían

tapiado la abertura. El sol del día siguiente había traído el ensalmo y la vida había seguido como siempre. Con el tiempo, también el padre había aprendido a expoliar en todos ellos el temor y la lástima. Otra noche habían discutido delante de los hijos y él se había levantado de la mesa, diciendo resueltamente: "Ya sé lo que tengo que hacer". Se había encerrado en el escritorio y había sonado un estampido. Amanda, Alberto y ella habían corrido y lo habían encontrado sentado tras su mesa de trabajo, la pistola todavía humeando del tiro disparado al techo. Los había mirado con una expresión torva y fracasada, resentida y mediocre, sin decir nada, sin justificarse por nada. La madre había tomado entonces la pistola y se había echado a reír a carcajadas.

—Cada día que pasa todo está más caro. Está muy bien tener orden y sensatez, todo lo que yo no tuve. En todas las cosas hay que hacerse a una disciplina, como ésa de ustedes de guardar todos los farolitos del árbol, de un año para otro.

—No todo es viejo, contestó acremente Cecilia, y ella volvió a sentir que la tentativa de comunión había fallado. El aparato de luces, con esos tubitos de agua coloreada que la corriente eléctrica hace burbujear de abajo arriba, como velitas que temblaran, lo compramos el año pasado. ¡Y nos costó más de doscientos pesos!

—Es claro que sí. Y a ese precio, Víctor hace muy bien...

Aquella noche creí que Papá fantaseaba y que el tema de la persiana era una simple provocación de su debilidad. Días después íbamos con Mamá atravesando la plaza —era en carnaval— y un hombre se cruzó con nosotros. Era alto, vestido de claro, y nos dijo que había muerto recién en la calle, "inso-

lado y de tanto soplar", el trompetista de la comparsa del cuartel. Mamá preguntó entonces hostilmente por qué se lo anunciaba, y qué tenía que ver ella con esa muerte. Pero, ¿cómo?, dijo el hombre. ¿No es usted la señora del Mayor?... Hablaron algo más, envueltos en el viento tirante que sesgaba la plaza (o sesga ahora mi memoria de la plaza, con la campana de la iglesia y el hombre de claro) y repitieron más de una vez, entre frases triviales que aludían al muerto, al regimiento y a la comparsa, su mutuo desconocimiento, el accidente de que estuvieran hablándose, lo fortuito e inesperado de su conversación, las coincidencias increíbles de la vida en un pueblo. Mamá me oprimía inconscientemente la mano mientras hablaba, y en la yema de mis dedos latía la sensación de la mentira, de un diálogo cifrado, en el que estaban tal vez dándose una contraseña mientras simulaban ser tan sólo el minuto casual de la chispa en medio de una eternidad indiferente.

—¡Victor, Victor, Victor! ¡Siempre estás sugiriendo la avaricia de Victor! ¿Por qué no piensas una vez en sus méritos?

—Nunca dije que fuera un tacaño. Creo que tiene una prudencia que a nosotros —a mí, por lo menos— por educación nos falta. Se crió pobre y eso lo ha ayudado en la vida. Lo ha ayudado a pensar en mañana con un sentimiento de inseguridad.

—Y eso también te desagrada, aunque lo digas como un título. Porque en realidad no crees que los pobres sean mejores que nosotros; sólo que los ves reducidos a la virtud, por falta de dinero y de imaginación. Eso es lo que le niegas a Victor: imaginación, ambición, el famoso sentido de la aventura, que siempre estás escarbando en los demás,

cuando lo tienen y cuando les falta; tú siempre has sido una penitente del sentido de la aventura.

—Es muy posible, convino Amanda. Y tal vez hay un fondo de arrepentimiento. Tu padre era apocado pero no por el amor del orden, a pesar de su carrera. A Víctor lo veo pensar en algo, aunque no me interesa lo que piensa. A tu padre estaba acostumbrada a verlo horas enteras, fumando o dando vuelta la cebadura, y estoy segura de que no pensaba más que en la riña de gallos del domingo por la mañana. Tenía una visión muy corta, y por eso era capaz de vivir con muy poco. ¿Y te imaginas que esa estrechez me parecía edificante, como creo que es la paciencia de Víctor? Los dos habrían sido capaces de vivir durante años enteros en el mismo rincón: Víctor pensando en cambiarlo algún día por el suyo, Miguel sin pensar en nada. Al principio, me parecía una forma de soñar. Después me cansé de ese sueño... Pero, ¿a qué santo tengo siempre la tentación de compararlos?

Clarita había vuelto a su dormitorio y había puesto un disco a todo volumen. Una voz rítmica apostrofaba, sobre un fondo de marcialidad militar, acerca de las cosas fundamentales.

On ne peut en avoir tout dans le temps —exclamaba.

On ne peut être à la fois qui on est et qui on était. Il faut savoir choisir.

¿Habían sabido elegir ella a Miguel y Cecilia a Víctor, elige a alguien de una vez y por siempre, confortablemente seguro?

On n'a pas le droit d'en avoir tout, insistía la voz. *C'est défendu. Un bonheur, c'est tout le bonheur. Deux, c'est comme s'ils n'existent plus.*

No hay el derecho de tenerlo todo. Ella había tenido a sus hijos y el tiempo se los había dispersa-

do o enajenado. El crecimiento y las distancias habían malbaratado siempre su dicha, la habían manoseado y ajado. No era el cuento de las dos felicidades destruidas, como en la historia de la viuda llorando en la tumba de su amante, sino de la única y deshinchada felicidad, fugaz y trapacera, llena de miedos y de indecisiones, menos sublime que cobarde, menos vital que clandestina, envuelta en humo y en mentira sucia, para volcarla luego en el beso dado a los hijos, insatisfactoria para pasar sin ella la noche, y la muerte y los viajes corriendo como ríos sobre el lecho de esa pequeña y afiebrada miseria, y el tiempo, el tiempo, el tiempo. Todo el mundo podía ser equívocamente maravilloso o ridículo, como ese papel picado que Cecilia estaba derramando al pie del árbol, para que a Freddy y Rafael les evocara la misteriosa nieve y a ella estaba ahora misma recordándole la caspa en los hombros de Miguel y la ceniza del cigarrillo en el pecho de su guerrera. Todo podía ser equívocamente culpable o desgraciado, todo podía merecer la fe y la abnegación y también la condena o la indiferencia, como esta escena de ella y sus hijas silenciosas, separadas por dos filosofías o supersticiones de la vida, que eran las caras de una sola moneda, mientras aquella jaculatoria impersonal caía sobre las tres —“está prohibido”— amonestándolas en su vicio común: el corazón desprestigiado.

—Hay una cosa que quise preguntarte siempre: ¿jugaba?

—No vine aquí a hablar de tu padre. No sé que pueda interesarles hoy a ustedes, una vez que hicieron de jueces por su cuenta. Mejor es dejar todo como está: él era El Bueno.

—Te he preguntado una cosa muy sencilla: ¿jugaba?

—Jugó en los últimos años; jugaba por cansancio, por aburrimiento, como juegan en los pueblos hasta el fiscal y el maestro. No era un gran jugador. No era un gran nada.

—¿Quedó debiendo plata por el juego?

—¿Segunda pregunta? ¡Y bueno! No sé si quedó debiendo. No creo. Nadie vino a cobrarme en todo caso, ni nadie me lo dijo. Bien sabés que nos vinimos a Montevideo al mes y días de su muerte.

—Tercera pregunta, ya que llevás la cuenta: ¿Volviste a ver alguna vez la pistola que le quitaste en el escritorio? ¿Qué fue de esa pistola, qué se hizo?

—Sé valiente y preguntámelo a la cara: ¿se mató con ella? Total, es lo más fácil de responder: no se mató con nada ni por nadie, aunque tu familia haya tenido el coraje de insinuarlo. Lo trajeron borracho del club una madrugada y se murió de un síncope a las seis de la mañana. *Las-seis-de-la-mañana-del-seis-de-abril*. No me preguntes ahora por qué se emborrachaba. Supongo que porque le gustaba. O volvería a decirte que por aburrimiento.

Una felicidad es toda la felicidad, como un montón de nieve es toda la nieve. ¿Y si la nieve es un fraude, como ésta que voy dejando caer en el piso, con una deliberación que Dios no tiene sobre su naturaleza? Una felicidad es toda la felicidad, y los hijos la sostienen sin llevarla, como no pude llevar la de ella cuando era la Hija ni puedo alzar la mía por los hijos, ahora que soy La Madre. Una felicidad es toda la felicidad. Es toda la felicidad genital en el hombre, como lo sabía Víctor cuando lo vi, la mañana siguiente a la noche de bodas, adorando con orgullo de posesión las tres gotitas de sangre que le había dejado para la certeza, solas, perdidas y centrales en la blancura de la sábana.

Es toda la felicidad en las mujeres, y por el mismo compás del placer parí y volví a parir y ya no quiero hacerlo. Y ella está ahora frente a nosotros, vieja y deshecha pero invocando también los privilegios de su matriz, como si sólo la hubiera tenido para concebirnos. Una felicidad es toda la felicidad, una almendra de luz en el sueño del ciego, un beso imposible, y toda la vida deseado, en el delirio de la frente del moribundo, una pistola o un trago en el ansia del débil.

—¡Clarita!, gritó con un comienzo de crispación nerviosa. ¡Te pediría que sacaras ese disco! No tiene nada que ver con esta noche. No es día de parada militar, ni fiesta patria.

El disco se detuvo y ella bajó de la banqueta.

—Mamá, dijo enfrentándola. Pensándolo bien, creo que es mejor que te vayas. Víctor me había pedido que vinieran esta noche su madre y su hermana, y yo lo convencí de que la familia, cuando la gente se casa, empieza en uno y termina en sus hijos. Si ahora volviera y te viese...

—Yo también tuve marido e hijos, dijo Amanda. Y si le hubiera pedido a mi madre que se fuera de mi lado en un día como éste, sé que me habría muerto de vergüenza.

—Tú no te moriste de vergüenza, repuso abrumadoramente Cecilia. Y tienes que saber que es muy difícil morir de ese modo.

—De todas maneras, es demasiado deprimente discutir si me voy o me quedo. Así que me voy, y tú le dices cualquier cosa a los nietos. Claro que a ustedes dos no voy a perdonárselo.

—No te olvides de esto, ni nosotros te dejaremos olvidar lo de la pensión. Pero eso vamos a tener que conversarlo otro día.

—¿No podrían esperar un par de meses, y tal vez ya no fuera necesario?, se oyó decir Amanda, con más fuerzas que las de su contención, postulando otra vez su ruina. ¿O piensan que están frente a una fortuna? Para Clarita y para mí, viviendo juntas, daría apenas. Para las dos, viviendo separadas, es una miseria.

Clarita, desde la puerta de su cuarto, habló por única vez en la noche para decirle que no pensaba volver a vivir con ella.

—¿Por falta de alicientes? ¿Porque estoy enferma y ya no puedo prometerte más queirme muriendo?, insistió la madre.

—Por eso y por lo otro, dijo Cecilia. Mamá, ya sabés que no querría tener un disgusto con Víctor, si te encontrara aquí. No vamos a discutir cosas pasadas, ni a revisar lo que hemos hecho o dejado de hacer. Un buen día, cuando tu abogado lo haya estudiado, nos telefoneas y nos reunimos con él para decidir el asunto. ¡Y santas pascuas!

—Santas Pascuas son éstas, dijo Amanda. Por eso me voy.

Dejó el envoltorio que había traído, en una esquina del asiento, y se levantó magnificando aparatosamente su postración. Las miró sin que le devolvieran el tácito desafío, y abrió la puerta antes de que se acercaran.

La hoja cerrada volvió a presentarle la lazada floja y el muérdago, la corona y la campanita. Tirando de las puntas estaqueadas, deshizo y dejó caer el lazo. Así quedaba ciega la mirilla si es que pensaban espiarla para comprobar su ida, y así los chicos y Víctor, al volver, notarían el daño y preguntarían la causa. Tal vez Cecilia no iba a poder dominarse e iba a injuriarla delante de Freddy y de Rafael; descarriadamente, ése era un éxito.

Ya al bajar la escalera, sintió la inminencia del otro, del mayor, del único que deseaba; tuvo, con una feroz alegría del apremio, la sensación de que algo empezaba a desgajarse dentro de su propia cabeza.

EL SALTO DEL TIGRE

I

En el atardecer lluvioso. El Cato Mitre y yo recorrimos la avenida de paraísos y entramos a casa de Lydia; ella se había empeñado en que Hugo fuera directamente del sanatorio a la quinta y se alojara allí. Era una buena ocasión para afirmar un mecenazgo al que el pintor había escapado durante años, y para ingerirse así —quién sabe qué es la gloria y cuándo se acuerda— en otra vida y otro agradecimiento.

Hugo estaba sentado al borde de la cama, con un pijama azul y una bata de fumar. "Baleado a dos carrillos" —como dijo de entrada Mitre, por el prejuicio de crear humorísticamente el anticlímax de la enfermedad, para poder olvidarla—, tenía dentro de la boca un armazón de alambres que le sujetaba las mandíbulas y por fuera un barbijo de yeso, en forma de espátula para el mentón. No podía hablar, pero Lydia lo había rodeado de papeles y le había allegado una tabla y un juego de lápices para que se manejara; entraba con las visitas, le aparejaba las hojas en blanco y desaparecía.

Con unas ojeras exasperadas por la convalecencia y una barba rala y negra que crecía rodeando la

cicatriz rosada y aquella franja ya grisácea del yeso manoseado y raído, Hugo se favorecía con la huella del sufrimiento físico. Siempre he pensado que su reputación de inteligencia y de sutileza espiritual es excesiva, pero es fácil explicársela por la fascinación que ejerce con su flacura, con ese aire de trasvivencia descuidada, de negligencia e impotencia para lo práctico, de remotismo, de torpeza motriz, de frágil perversión y hasta de misticismo (una malvada impostura de misticismo) que se desprende de su figura.

Sentí en seguida que Mitre y yo enfrentábamos con pueril turbación aquella presencia que se despojaba de sus pocas defensas de los días de salud, y sólo henchía un poquitito los labios para esbozar la dolorosa y contraída sonrisa. Después que le saludamos y nos sentamos frente a él, y mantuvo una mano apoyada en una rodilla de cada uno de nosotros, mirándonos durante un minuto eterno, en lo que era un comentario extorsivo de su situación de herido y callado, tomó la tabla y escribió el primer papel, con una letra gorda y deshecha, para pedirnos libros. "¡Libros!", como dijo, por su prurito de sorprender o tal vez para tantear la situación, dándole el pie menos comprometedor.

Yo, un poco más cerca de Hugo que Mitre, averiguaba desde el revés de las letras aquella desbaratada escritura, o me levantaba para descifrarla por encima de su hombro. La leía en voz alta y El Cato o yo respondíamos. Al principio la conversación (si es que podía llamarse conversación a ese doble juego de oralidad y escritura) fue mantenida en un campo horriblemente neutro, que suponía nuestra mejor ciencia, nuestra posibilidad de recetarle lecturas para su tiempo de reclusión.

Escribió que era muy ignorante y que ya a esa edad (treinta y tres años) había renunciado a formarse una cultura. "No me gusta tanto leer", agregó. "Soy perezoso".

—Has visto lo que te importa y basta —dijo Mitre, como si fuera a patrocinarlo. Lo que te parece que es pereza, es el resultado de un mecanismo de selección.

"¿O hedonismo?", escribió Hugo, siempre urgido por recostarse a categorías ya dadas, como tan a menudo sucede con los pintores.

El Cato se encogió de hombros, sin ayudarlo esta vez.

Seguidamente nos garabateó que precisaba algo "concentrado, denso", que sumergiera sus sentidos en la lectura y lo distrajera de la penuria física.

—James Cain o las orquídeas para Miss Blandish, postuló Mitre.

Empezamos a aventurar nombres y él iba rechazándolos o acogiéndolos ambiguamente con balanceos de la mano que empuñaba el lápiz, o con ligeros alzamientos de cejas, cuando alguno le resultaba extraño. Pudimos ver que no sabía tan poco, pero asimismo que sus preferencias eran más bien ominosas. Era una víctima de la era de las biografías noveladas y un devoto de lo intenso.

—Céline, propuso ahora Mitre.

Y él, como si jugara una carta mejor, retrucó "Henry Miller".

Hubo un espacio y asumió toda su equívoca candidez para anotar: "pornografía lírica". Pescó en el aire mi resistencia a sus juicios y para agredirme escribió, volviéndome rápidamente el papel, a fin de sustanciarlo conmigo: "Joyce no es lectura para un tipo deprimido. No se le puede meter diente si

uno está esperando toda la tarde que venga la enfermera a curarlo con hisopos y gasas”.

“Meter diente” era un modismo desavenido con su situación y se lo señalé bromeando, para rehuir una polémica sobre gustos; porque él escribía. “Algo estimulante”, insistió. Y Mitre acabó prometiéndole “La serpiente emplumada”, que acató sin protesta.

El procedimiento, de seguir así, era extenuante. Fue por eso que El Cato y yo nos echamos atolondradamente a discutir cualquier cosa, a fin de impedir que siguiera escribiendo: la revolución mejicana y su literatura, la boliviana que casi no la tenía; y hasta hicimos alguna profecía grandiosa sobre el destino del hombre americano. Comulgábamos en un desaforado intento de arrastrar la conversación fuera de sus centros nerviosos, lejos de lo que a Hugo le había pasado y a nosotros podía suponerse que nos intrigara. La delicadeza nos llevaba a cubrirlo de una marea de locuacidad. Y él nos miraba con un servilismo de sus ojos desmesuradamente abiertos, forzados desde adentro como si hubiera tomado benzdrina. Un mechón de pelo oscuro le caía sobre la frente y se lo echaba atrás con el dorso de la mano o lo enroscaba lentamente en el lápiz. Detrás de su cabeza había un gran cuadro en que el Corazón de Jesús se encendía en mitad del pecho, con dos llamas rodeando una cruz, y las palmas de las manos avanzaban la desolladura cárdena de los clavos.

—El esnobismo cristiano de Lydia, criticó Mitre, parodiando ampulosamente el gesto de la estampa.

“Patriciado, Orientalidad”, escribía Hugo. Y todavía, en otro papel y amanerando la letra: “Linaje”.

También había una litografía de la guerra del 14, con un soldado francés y el clásico “Debout les morts”; y en la pared opuesta el Saravia de poncho, perfilado a caballo.

“El padre de Lydia peleó en Masoller”, informó Hugo. Y apuntó confirmatoriamente hacia el floreo que lucía sobre la cómoda: era la cáscara de un obús, con una plaqueta de bronce y la fecha de la batalla: setiembre de 1904. Los dos largos nardos que bailaban en su boca eran tal vez otra profesión de fe blanca.

Llegó el momento de preguntarle para cuánto tendría.

“Sólo Dios sabe”, escribió. Lo había hecho para encontrar un cabo de frase que devolviera el asunto al punto en que habíamos malbaratado la fe, al atribuirle la condición de un cosmético para Lydia. Aquello lo había desasosegado, porque escribió de corrido, con una velocidad y un entusiasmo trémulos, que hay una religiosidad infusa en nosotros, que aflora en las situaciones de dolor, y aun de simple hartazgo de la incomodidad, de la postración, de la invalidez. “Ahora lo sé”, subrayó. “Y es una cosa seria.”

En la niñez, él y su hermano Emilio habían sido católicos, por influjo de su madre, o por lo menos habían creído que lo eran; y a él le había quedado siempre “una nostalgia de religión”.

“De cualquier religión”, agregó. Mitre afirmó entonces que el cristianismo era, de todas las religiones, la más triste, la más pobre estéticamente. Era una de sus aperturas dialécticas, y yo se la había visto repetir muchas veces.

Hugo se estiró hasta la mesa de luz y tomó un libro encuadernado en azul; era un tomo de Las

Mil y Una Noches. "El Islam es hermoso", sentenció.

—Pero ése no es el Corán, objetó Mitre. Aunque es una lectura *estimulante*, concedió con un retintín benigno y molesto.

"Fatalismo", escribió Hugo. "En este momento, es lo que prefiero", y puso un dedo de punta sobre la tapa del libro. Parecía referirse a una comida o, en todo caso, a una medicina. No a una convicción ni a un estado de espíritu.

De pronto, tras señalarme con el lápiz, apuntó: "¿Te parece, Ricardo, que el futuro es un libro que no está escrito o que no hemos leído?"

Sonreí para desechar su ingenuidad, y él persistió, porque el tema le inquietaba: "¿Te parece que es un libro que no se ha terminado de escribir o, como éste en que me faltan todavía cincuenta páginas, que sólo no hemos terminado de leer?"

—No está escrito, contesté por decir algo, a la espera de que desembuchara. Presentíamos que estaba por llegar a su caso.

"Algún día te voy a contar lo que pasó aquella noche absurda en que Dorita me baleó, y vas a tener, como yo, la sensación de que todo estaba escrito."

Me animé entonces a preguntarle si en aquel momento, herido y en busca de auxilio, no lo había llenado la idea de la muerte. Siempre he tenido la manía de espiar cualquier rastro de esa idea dominadora, referido por un sobreviviente. En los hospitales o en cualquier otro lado.

—¿Pensaste que te morías? ¿Lo pensaste con claridad, serenamente, o te achicaste de golpe?

Escribió que no, que sólo había pensado, mientras se apretaba con una mano la cara y sentía correr la sangre entre los dedos, que iba a perder

todos los dientes, y que ninguno de ellos estaba picado.

Me quedé en silencio, y tuvo la impresión de que me defraudaba.

"Frivolidades de los Momentos Supremos", escribió a modo de disculpa.

—Otoño —dijo Mitre, que no nos perdonaba. ¡Se te acaban las hojas!

Lydia nos contó el resto. Había llegado hasta un bar, porque Dorita se había alejado corriendo, y había pedido a unos taximetristas que lo llevaran al hospital. No quisieron hacerlo, argumentando que había que llamar a la policía; en realidad, lo que temían era que les arruinara el tapizado.

—Entonces tomó el teléfono y me llamó, dijo con un falsete de orgullo. Por suerte tenía el coche a la puerta y estuve allí en diez minutos.

La certidumbre de que había proveído por él la inflaba más aún en su deplorable gordura.

—Y ha tenido la nobleza de no denunciarla, añadió.

—Aprovechando que no puede hablar, dijo Mitre.

—La verdad es que ni el juez ni la policía se empeñan en saberlo; y hacen bien. Que Dios la ayude.

Cuando pasamos la verja, El Cato recordó los tiempos en que Lydia se rodeaba de efebos y en que alguien había dicho para definirla: Es una de esas poetisas glandulares que llevan a remolque a su marica, como el ballenato pasea en el lomo a la gaviota.

Terminaron los árboles y entramos en la lluvia.

No creo, a esta altura de mi vida, que los hechos tengan tanta importancia. Y lo que estoy pasando legitima ese descreimiento, desde que lo dirijo contra mí. Pero no pude ni puedo todavía contártelos y he resuelto ponerlos por escrito, luego de esa torpe visita, en que a ti te hubiera contado muchas cosas y a El Cato no quería confiarle ninguna.

Por lo menos, es un ejercicio contra el tedio y el silencio, que no me dejan leer ni dibujar; un memoria, una botella al mar, lo que quieras. Empiezo por decirte que, salvo en la infancia, no creía haberme enamorado nunca. Sé bien el día de mi vida en que tuve la primera evidencia de que existe ese sentimiento. Era un aniversario en casa de mis abuelos y Elisa y Gabriela —hijas de unos amigos de mis padres— llegaron a traer un canasto de flores. Le he contado muchas veces a Dorita —y ella quería que pintara este recuerdo— que me parecieron maravillosas, como Mesdemoiselles Cahen d'Anvers en el cuadro de Renoir, con sus cintas y sus lazos color rosa en la cintura, apretando apenas los vestidos de gasa que las envolvían. Gabriela tenía, pienso ahora, diez años y yo once. Habían puesto a un costado la canasta de flores y estaban tiesas y solemnes, de pie entre las jardineras del patio, cuajadas como dos figuritas antiguas sobre el piso de damero. Avancé impetuosamente, amparado en la excitación del día, y las besé. Besé a las dos para besar a Gabriela. Ella, que nada sabía de los juramentos que le dedicaba cada noche, me besó también, con una inocencia de la

que extraje el primer gusto por la vida, un gusto desaparejo, excitado y maligno.

Nunca me animé a decirle nada, y años después me desilusioné repentinamente de ella, al ver sus rodillas. Tendríamos entonces catorce y quince, y ella estaba echada sobre una alfombra —en la sala— enseñándome ese juego en el que, con una tijera, se van haciendo recortes en una hoja, hasta que se sacan y despliegan dos palabras: Hell y Heaven, infierno y cielo. Vi sus rodillas demasiado grandes, escuché el fondo ronco de su voz, que se hacía de mujer, y supe de pronto que ya no la quería.

Es claro que en esos pocos años que van de uno a otro recuerdo, queda tendida en el suelo mi inocencia. Emilio tenía dos años más que yo y me había apadrinado, para hacerme conocer demasiado temprano el fuerte amor de las sirvientas. Aquí sí hay por lo menos dos escenas para pintar de memoria, con esa memoria sentimental que es mi don (y el de Figari). En la primera, aparecemos Emilio y yo frente a Papá, que nos mira y nos deja hablar mientras se tironea una guía del bigote. La muchacha estaba en casa desde hacía pocos días y Emilio se había sentido enfermo. Yo también, pero mi contagio era sólo el de un susto. Papá debe haber visto que no era nada, pero se mostraba alarmado (y hoy me parece que ocultaba desde el principio su diversión). “¿Y Julia? ¿Y Amelia?”, nos iba preguntando retrospectivamente. Nos mirábamos con recelo, consultándonos antes de ser veraces o de mentir, y al final le contestábamos, con una descompasada timidez: “Sí”. De persona en persona llegó a Agripina. Era un macaco horrible, que hablaba una jerga veteada de portugués y español, y que alguien nos había mandado desde la

frontera, por la creencia de que, en tanto no se espabila, ése es el servicio más barato. "¡Agripina no!", dijo Papá, descartándolo de antemano. De reojo volvimos a consultarnos y, decididos ya a vencer todo pudor, con una repugnancia viviente que debe habernos quedado ridícula en las caras, le dijimos "También". La vieja nos había iniciado. Papá no pudo contenerse más, y se echó a reír a carcajadas. "Son dos mininos de gusto estragado", comentó al fin, con un parsimonioso dejo brasileño, para enrostrarnos el idioma del mico; y era como volver a verlo. Aquella misma tarde nos llevó a una clínica, a que nos revisaran. Entró con nosotros y nos hizo sentar juntos, mientras pasaba a conversar con el médico. Y ésa es la segunda escena: me parece que la sala de espera estaba llena de tipos patibularios, barbudos. Con nuestros rizos dorados sobre la frente y los angostos pantaloncitos de sarga que nos ceñían unos muslos casi rojizos, debíamos tener algo de querubines equívocos, en medio de aquella concurrencia. Y creo que los otros nos miraban con sorna, con ganas de preguntarnos algo, acaso para averiguar si éramos los agentes o las víctimas de la relación que nos había contaminado.

Dorita tampoco traía un pasado importante, cuando nos encontramos. Tenía entonces treinta y dos años, y yo veintisiete. Antes de conocerme, ella había vivido un par de años con El Cato, dos años que sólo habían servido para llenarla de afectaciones estúpidas, de retruécanos, de falsas suficiencias. Ya estaba reaccionando cuando nos fuimos a vivir a Juan Carlos Gómez, donde pude encontrar aquella especie de desván para taller, y ella un rincón en que crear su ambiente: el biombo japonés, la cama y los libros. Lo has visto muchas ve-

cés y ¿a qué te lo cuento? Sabes también que ella pretende que fui su hombre verdadero, su primer amor, su única pasión, etcétera. Cuando las cosas empezaron a rodar mal, apareció un día en casa con una botella de whisky, que había comprado porque la marca era igual al apodo de Mitre. Y si nos peleábamos iba a buscarla y se tomaba un trago, diciendo que era como la Magdalena de Proust. Un día le hice un apunte y se lo dejó sobre su sitio de la almohada. Estaba ella más vieja de lo que era, con la cara apoyada en una mano y una lágrima en cada mejilla, frente a la botella de etiqueta amarilla y un vaso, sobre un fondo en que se veía desvaidamente un retrato suyo de dos años atrás, que yo le había hecho. Y abajo, dentro de una cinta de bordes lenguados, al modo de la leyenda de un anuncio comercial, decía: "*Como los presos, mete sus años en una botella.*" Lo festejó cuando nos reconciliamos y me mostró que el Catto estaba terminado; no volvió a comprar más.

Yo sólo podía corresponderle diciéndole que no había tenido ningún Gran Amor en el pasado. Pero no le bastaba. Había que decirle que ahora sí lo tenía, y era ella. Y siempre llega el momento en que se dice. "A veces debo parecerte frívola" —repetía. "Pero lo que pasa es que nunca nadie me ha exigido que le sea fiel. Nadie me lo ha pedido de veras, y yo he estado deseando siempre que me obligaran a serlo. Porque al final de cuentas es lo único que quiero, lo único que me descansaría." El agravio era a menudo ése: que yo fuese el elegido para exigirselo, y no se lo pidiera.

¿A qué pedir nada? No tengo un cuerpo y un alma vírgenes, ni derecho a esperarlos de los demás. Pero nadie, en cambio, podía impedirme preferirlos, si alguna vez los encontraba.

Hilda tenía dieciocho años cuando llegó de afuera, a estudiar medicina. Era sobrina de Dorita y nadie había preguntado si cabría en la bohardilla; venía a quedarse, con esa simplicidad sin preguntas con que se descuelga la gente desde los pueblos a Montevideo: por un día o por años, tanto da.

También es claro que Dorita de cualquier modo le habría dicho que sí, no tanto para ocultar su estrechez como para que se viera que no la tomaba en cuenta. Lo cierto es que vino, con aquella insignificante delgadez sin pecho ni cintura, con su pelo caído, sus pómulos lustrosos, sus ojos enormes y su gran timidez física, mezclada a un estilo de curiosa resolución intelectual. Se ruborizaba por el solo hecho de que le hablaran, pero estaba en la edad intransigente, y no ceder un ápice en un concepto propio figuraba en su código del honor, un código exótico para alternar con los perdonavidas y los campeones de la Amplitud, que se juntaban todas las noches en el taller.

Tenía un aire cohibido y una luz interior, como dicen que era —y ya te veo erizarte por la comparación profana— Simone Weil. (Digo “tenía” porque ahora ha madurado en sus certezas pero con menos hambre de vivir, con menos candor para jugarse y más resentimientos, y ya es otra historia y otro coraje y otra persona, una vieja de veinte años sobre las piezas anatómicas o en los mitines del P.C.).

En su momento, era un gran cambio de estilo con relación a la opulencia de Dorita, a su prepotencia de carnes y desplantes. Más bien me parecía una Gabriela crecida y sin rodillas, sin esas rodillas y esas caderas a lo Maillol que tiene ahora Gabriela, llena de hijos e igual a sus hijos, con

un cómico tamaño de monstruo infantil. Hilda era a los dieciocho lo que yo pude soñar, de niño, que fuera un día Gabriela, el sueño que su adolescencia frangolló. Así me había llegado.

Dorita lo supo antes que yo. Y sus celos me ayudaron a hacer conciencia de lo que iba a pasarme. Mientras Hilda dormía tras su biombo, ella lloraba junto a mí por las noches, desperdiciaba felicidad en prever que la perdería.

Por aquella época yo empecé a esperar a Hilda todas las tardecitas, a la salida de la Facultad. Ibamos siempre al mismo bar, y ella pedía invariablemente un café. Cuando lo había tomado sacaba un atado de cigarrillos y fumaba sin ofrecerme, dejando caer la ceniza dentro del pocillo. Las primeras veces hablábamos de Dorita, y eso acabó por crearnos un lazo absurdo de culpabilidad antes de los hechos. *Nosotros* éramos su preocupación. Después fuimos olvidándola, y creíamos que con cierto derecho, porque a la noche inevitablemente la veríamos. Al cabo de unos meses, Hilda quiso mudarse a casa de una amiga y Dorita nada hizo por retenerla.

Entonces descubrí de golpe lo que era quedarse al lado de Dorita; era como entretener a un moribundo, con la sola esperanza de que llegara el día en que ya no lo precisase, y uno pudiera sentirse liberado. Pero estaba cada día más difícil y más exasperada, porque la decadencia del amor se posterga echando mano a la pasión. Y sin cinismo se llega a sentir que el engaño no puede conllevarse si es estéril, si uno no cuida nada más allá de sus términos.

Una noche estaba leyendo a Connolly, los dedos hundidos en la melena rubia cenicienta, los codos defendiendo el espacio del libro sobre la mesa.

—Oí bien esto y decime si no es cierto —pidió. Y leyó en seguida: "En la guerra de los sexos, la desconsideración es el arma del macho, la vindicta la de la hembra. Ambos sentimientos se engendran recíprocamente, pero el ansia de venganza de la mujer sobrevive a todas las otras emociones."

—¡Fundamental!, dijo, y era uno de sus adjetivos predilectos; le gustaba la aureola de rotundidad que difundía la palabra.

Después leyó unos versos en inglés, y procuramos traducirlos mejor de lo que estaban al pie de la página. Recuerdo bien la versión en que convini-
mos:

*Y la venganza de ellas es como el salto del tigre,
mortal, instantánea y aplastante; pero tan verda-
[dera
es su tortura, que lo que infligen sienten.*

—El salto del tigre, dijo pensativamente, y vi que el libro ya no podía seguir distrayéndola. ¿Qué harías si creyeras que algún día soy capaz de darte contra ti, de improviso?

Creí que el día y el salto habían llegado cuando me hizo la denuncia, en custodia de los intereses espirituales de Hilda y en busca de una reparación para su credulidad, que yo había estafado.

Me lo anunció antes de que recibiera la citación; estaba en su estilo porque, como mucha gente, ella pensaba que una bellaquería hecha de frente era un acto de valor, y que la sinceridad es el mérito de las actitudes desagradables. "Disculpame, había dicho una vez. Son mis arrebatos de cocinera sentimental." Pero esta vez ni siquiera me lo dijo. El gesto tenía la santificación de la franqueza, y era

auténtico —razonó— desde que también ella se arriesgaba a perderme.

Supo que ese momento había llegado cuando, a la vuelta del juzgado, empecé a hacer la valija.

—¿Te vas?, preguntó.

—Se lo prometí al juez, mentí. Era lo más corto. Lo otro era discutirle sus valerosas felonías, y en esa discusión cabrían todos los argumentos, todos los reproches.

En realidad, ni había visto al juez. Sólo estuve frente a un empleado que, tras poner una hoja en la máquina, abrió un cuadernillo, alisando las páginas para que se mantuvieran abiertas, y me leyó lo que decían.

Dorita, como guardadora de hecho de la menor y desde que sus padres vivían en Lavalleja, me denunciaba por Estupro, "por haber obtenido el acceso a la doncella bajo promesa de matrimonio"; y pedía mi castigo.

Terminó de leer y, consultando un papelito escrito a mano que estaba dentro del libreto, me interrogó desganadamente, tras copiar la pregunta:

—¿Usted le prometió matrimonio?

—De ningún modo, dije, mientras daba vueltas en la cabeza a aquella frase medioeval: por haber obtenido el acceso a la doncella. Ni se lo prometí ni ella lo quiere, agregué.

Escribió muy abreviadamente lo que había escuchado. Y ya volvía a consultar el papel cuando le dije:

—Lo que pasa es que la muchacha es la sobrina de mi mujer. Y como parecía no darse cuenta, le aclaré: —Porque la denunciante es mi mujer.

Me miró perplejo, las manos abiertas como si fuera a arrancar un acorde del teclado de la máquina.

—¿Así que la denunciante es su esposa?

—Es mi mujer, corregí, como si estuviera diciendo lo mismo en otras palabras. Y debe haber creído que simplemente me fastidiaba ese alquitaramiento cursi y pequenoburgués que hay en decir "su esposa", "mi esposa". Dudó un instante, pero al final no puso nada de esto. No tenía ninguna curiosidad por averiguar los motivos; era un lujo fuera de la rutina, y no le incumbía.

—¿Qué puede pasarle a la muchacha?, pregunté a mi vez, cuando firmé la declaración.

—No puedo decirle, contestó revistiéndose de importancia, mientras encendía un cigarrillo y agitaba lentamente el fósforo en el aire. Eso depende del juez. Tal vez pase los antecedentes a Menores.

Que Hilda fuera menor, que la trataran como menor era tan divertido como lo del acceso a la doncella. Pero en los juzgados nadie tiene sentido del humor, y uno mismo lo pierde en cuanto llega a sus patios.

Cerré la valija y esperé todavía que ella hiciera una escena para arrepentirse y detenerme. Pero no la hizo.

Pasan veinte días y me ves caminando con ella, a las once de la noche, por la calle Soriano hacia afuera. Me había pedido una cita y la estaba dedicando a abogar por Hilda, a pleitear por su causa sin haberla consultado.

—Cuando ella vuelva de Minas tienen que caerse —decía.

—¿Porque lo quiere ella o porque lo quieres tú?, pregunté calmamente.

—Porque no se puede ser tan miserable si a uno le queda un resto de propia estima, argumentó con sus sentimientos.

—Mi propia estima es un asunto mío.

—Y el embarazo de Hilda es un asunto de ella, replicó en una pobre tentativa de sorprenderme.

—Sería si lo hubiera —dije—. No lo hay.

Caminamos repitiéndonos estas cuatro o cinco cosas desencajadas y fraudulentas; yo en frío, ella mascullando sus palabras.

—Hilda no precisa de tu celestinaje —le dije de pronto—. Si lo que quiere es alejarse de mí.

—Y tú tranquilamente, como un caballero que no fuerza a las damas, la dejas irse.

—Como un caballero que ya no accede a la doncella, le dije, y pude ver que la frase no era suya (sino de algún abogado), porque no dio muestras de reconocerla.

—La verdad es que estás pleiteando por tu propia causa —golpée ahora—. Lo que querés es colocarte de nuevo. Pero el camino que elegiste es el peor. Cuando quieras rescatar algo como mujer, no lo emprendas como tía. Las tías no son mujeres, no son nada.

—Tercer o cuarto sexo —dijo ella.

—El sexo de los despechados —dije.

—El mío... —propuso.

—Sí.

Caminamos unos pasos y me acerqué a ella, porque el andamiaje de una obra estrechaba la acera. Entonces vi el brillo sobre mi izquierda, sentí un chasquido y un viboreo de calor ardiente en la mejilla. No pude darme cuenta de lo que era hasta que la vi correr: el salto del tigre.

Ya sabés que no quise delatarla en el juzgado, y no insistieron demasiado; no era en el mismo turno de la denuncia, y son tan inertes que nadie coordina unas cosas con otras, nadie ata cabos. Es lo mejor.

Al día siguiente de tu visita escribí a Hilda una carta tramposa, ofreciéndole renunciar a ella. La tomó al pie de la letra, confesándome su alivio porque todo se terminara, después de lo que había sucedido. Dice que ahora la que se ha ido a Minas es Dorita; sufre una depresión nerviosa y amenaza con suicidarse. Lydia dice que no lo hará; y yo tampoco lo creo.

Éstos son los días históricos en que envejezco, querido Ricardo. Pero Lydia lo niega con entusiasmo, y te manda decir que en todo caso me ayudará a llevarlos. Es confortable, escribe poemas sin ilusionarse con la gloria y me ha jurado que nunca me pedirá que le declare que soy su Únicombre.

III

—No es que me sienta comprometida por su nobleza al haberse callado. Después de todo, es lo que menos me importa. Te lo pido porque sé que está sufriendo y clama por verte.

—Clama, clama. ¡Cómo te gustan los verbos patéticos! No clama nada, si ni puede abrir la boca. Lo mejor es dejar que ese silencio nos aproveche a los tres, para pensar de una vez por todas como adultos.

—No he visto una criatura más irritante. Lo ves todo con una neutralidad espantosa, como si no tuvieras ninguna relación con el asunto. ¿No se te ocurre que tendrías que pedir algo a cambio de lo que has dado?

—Que una noche feliz pudiéramos los tres volver a jugar a la lotería.

—¡Eso mismo! O al ludo.

—Quiero decirte: conseguir una forma cualquiera de paz. Como hace dos años.

—La paz de la joven investigadora, la paz de los lentes de carey y el microscopio. ¿No te parece una estupidez a los veinte años?

—Lo otro es muy lindo, en cambio. Abalanzarnos sobre las cosas, por el prejuicio de que fueron intensas.

—¿Intensas? Esa palabra es de Ricardo.

—Y si lo fuera, ¿no sirve por eso?

—Lo que no sirve es querer la paz con los hombres. Porque eso sí es la guerra.

—La guerra y la paz. ¿Se dice así? Fíjate en cambio cómo lo siente Hugo, en esta carta: "Existen también las glorias de la frustración y el renunciamento, las dulces conformidades en que nos comportamos como las hembras de nuestro propio Destino." Destino con mayúscula. ¿Te gusta?

—Es un poquito rebuscado, no lo niego. Como es él, al fin y al cabo.

—¿Sabés lo que le puse al margen, para estar a la altura? "Grandilocuencia salobre, de mente en lágrimas".

—¿Demente en lágrimas? ¿De veras no te importa? ¿Estás tan seca?

—He resuelto que no puede importarme, y se acabó.

—Qué triste es estar segura de poder dominarse. Qué triste es la humildad, qué triste es la suficiencia, qué triste es "guardar la línea".

—O triste o ridículo; cada cual elige.

—¿Entonces yo elegí el ridículo?

—Elegiste El Salto del Tigre, según cuenta Hugo. Yo tengo otro estilo.

—El de ir degradando los sentimientos.

—Ése mismo. El que me hace ver que ahora está con esa gorda esnob y está muy bien, y que ella le brindará todo en bandeja para que pinte. Y eso es lo mejor, para que se sepa de una buena vez si es un genio al que hemos estado haciendo trabajar de pordiosero, o un inútil con los bolsillos llenos de lápices.

—¡Perfecto, perfecto! Perfecto, sobre todo, que haya compensaciones en todo el asunto. Y muy justo: él me quiso muy poco y yo me lancé. Ahora él se lanza y tú lo quieres menos.

—Buena idea. Una historia de amor en que el sentimiento va averiándose a medida que pasa de personaje.

—A medida que pasa de edades. El más joven es siempre el más duro. Ésa es la fórmula.

—De acuerdo a esa fórmula, ¿qué tendría que decirle, si al final le contesto?

—Que ahora te importa otro. Darle también tu salto. Ser cruel.

—¿Y no contestarle? ¿O decirle solamente que deje morir las cosas? O tomarle la palabra: ¡las glorias de la frustración y del renunciamentol... Sería lo más lógico.

Estaban de pie y se tocaban las manos, de frente y con los brazos extendidos; pero no era un gesto de confortación o de cariño, sino de desentendida y deportiva cordialidad; la ligera cordialidad de dos personas que no quieren confesarse que se están compadeciendo mutuamente, pero por causas muy distintas.

CORDELIA

El extenso jirón de humo había quedado a media altura, flotando entre las cabezas de la gente y el artesonado. Dentro de esa banda de niebla corrían, como estremecimientos, vetas más ligeras, que trazaban alguna parábola incongruente y deforme para desvanecerse en seguida. Y debajo, aplastados por aquella fantasmagoría espectral estaban los pálidos rostros, suspensos en una penumbra amarillosa y amarillosos ellos mismos de miedo, de indecisión y de fatiga. Los torsos alargados y oscuros florecían ominosamente en esas caras, impen-sadamente cuajados y caricaturales para su tema postizo de vida y muerte, para el azar que las circunstancias estaban imponiéndoles.

Y en medio del humo volaban, tras el friso de gestos que iban y venían —repasándolos sin verlos, para distraerse de la espera— los aviones raudos y serenos, milagrosamente horizontales en su apoteosis de anuncios, sobre la portentosa cifra de sus virtudes: “La red del continente”, “Una sola noche a Nueva York”, “Los ojos del radar predicen el tiempo”. Las mismas escenas de comodidad, holgura y distensión que ofrecían los carteles —una muchacha bebiendo jugo de tomates, un sacerdote

leyendo un libro, dos hombres teniendo sus whiskies frente a frente, con esa torpe tiesura infatuada de los magnates en vacaciones, y los niños haciéndose visera con las manos para mirar por las ventanillas, la azafata ofreciendo con su mejor sonrisa la bandeja de un almuerzo completo, dos parejas jugando cartas francesas, todo en la falsa impostación gloriosa de las tricromías— eran ahora apuntes inqueridamente crueles. La vida muelle y luminosa de los cuadrimotores barbotaba en pendones, en paneles, en cielos azul pastel, en fanfarronerías apodícticas de la propaganda; y resultaba extrañamente alevosa para aquellas quince personas en procura de noticias (cualquier noticia, la peor noticia) del D-C 7 perdido veintitantas horas antes en el Trópico, en mitad de la selva.

—A medida que pasan las horas —dijo contrayendo la frente una vieja desmadejada y canosa— no nos queda ya nada bueno por saber. Tal vez ya lo hayan localizado y no quieran decirlo hasta la noche, añadió con esa superstición vulgar de que los duelos hayan de tener un sabor nocturno.

—Quién sabe, señora —se oyó a sí mismo Robledo, escuchó y ponderó su voz ecuánime, su contenida y valerosa imparcialidad. También el tiempo puede traernos la buena noticia que todos deseamos. ¡Quién sabe!

Pero el gerente no lo creía.

—Por supuesto que sí, por supuesto que sí —asentía con una atolondrada solicitud, que desmentía la leyenda del aplomo sajón. Por supuesto —y era transparente que traducía de un modo mecánico el “of course” con que cumplía su deber de alentar cualquier remota esperanza. Estamos recorriendo palmo a palmo miles de kilómetros cuadrados de

selva, en busca del menor indicio. Esta mañana hubo bruma, pero ya ha vuelto a despejar. Y los dos gobiernos nos apqyan. Se organizan expediciones por tierra, han saído ya cuatro partidas de socorro, se está haciendo todo lo posible. ¡Les pido que me crean!

Nadie se volvió para creerle de un modo expreso. De manera peregrina, él mismo había acudido a asumir las culpas por delegación que le tocaban en el reparto, y lo hacía con cierta pomposa dignidad del sufrimiento, del opaco sufrimiento de los responsables, aquéllos cuya función no es condolerse sino ser acusados.

—Apreciamos sus buenos oficios y su estímulo, Mr. Addison —dijo Robledo, invistiendo fuera de contexto una representación arriesgada e improbable. Y esperamos que, llegada la hora, no nos oculte nada. Nada.

—¡Esto es una tragedia, una tragedia! —chilló agudamente una mujer vestida de negro, cuyo desordenado pelo pajizo parecía resolverse en espiral desde el rictus redondo de la boca, que se agitaba y gritaba. ¡Esto es una tragedia, no nos mientan!

El-jefe-de-relaciones-públicas corrió presurosamente hacia ella. Se había atribuido la misión de apuntalar la precaria compostura de los parientes, y estaba haciéndolo según su mejor estilo centroamericano, un estilo untuoso, deferentemente servil, sostenido en una voz atiplada y ademanes ambiguos. “Adorable, adorable”, era su adjetivo de percusión en los primeros momentos, cuando el diálogo tenía todavía sus remansos, sus fugaces verbenas de sociabilidad. Pero ahora había llegado a un trozo de bravura, a una primera avería del buen

continente colectivo, y él se afanaba por cerrar la brecha.

—Por favor, señora —y movía su grueso bello morado, que ceceaba desafinadamente en medio de la tez cetrina y entre las anchas patillas viriles. Paze por aquí, paze por aquí, mientras descubría una puerta batiente en la mampara de caoba. ¡Venga a tomar algo, por favor! ¡Ez nezezario mantenerze, ze lo zuplico!

Se oyó aún a la mujer que gimoteaba y carraspeaba en el despacho vecino, hasta irse apagando. Y el señor Laurido ya no ceceaba para dar en inglés, según un módulo más autoritario, seguramente jerárquico, un par de órdenes a sus secretarios trasvisibles.

—Es muy lamentable —exclamó sin moverse Mr. Addison, dirigiéndose a Robledo, en quien ya había descubierto la grieta del tímpano. Pero tenía que suceder. Es muy lógico.

—Mi hijo es ingeniero —dijo sin que se lo preguntaran la mujer canosa; y viajaba con su beca de estudios. Es horrible pensar que pueda haberse caído ahora, cuando recién empieza a disfrutar de la vida.

—Esto es una pesadilla, una pesadilla demasiado larga —afirmó un hombre que se paseaba a zancadas. Parecía evidente que lo decía para recoger una octava más abajo el estallido de la mujer de negro, evitando que se perdiera su sentido.

Los demás le habrían balbuceado un turbio agradecimiento, porque sentían que un énfasis crudo puesto sobre la situación podía acaso exorcizarla y terminar por romperla.

—Yo, señora —dijo Robledo— ni siquiera sabía que mi hija había vuelto a embarcarse. Estaba to-

mándose unos baños termale y quiso seguramente pasarse de golpe al invierno. Era así. Recién esta mañana lo supe, cuando telegrafiaron desde Nueva York la lista de pasajeros y la compañía me llamó por teléfono.

—¿Soltera? —preguntó la mujer canosa, con una anacrónica desconfianza.

—Soltera. Acababa de cumplir su mayoría de edad y de recibir una herencia. Ella también empezaba a vivir.

—¿Qué piensa hacer la compañía —preguntó el hombre de la pesadilla, encarándose hostilmente con Mr. Addison— cuando ya no pueda retener por más tiempo la noticia?

—La compañía no retiene nada, caballero. Le pido que me crea. Cuando sepa algo lo dirá en seguida. Y afrontará todas las emergencias.

—Todas menos la de devolvernos a nuestros seres queridos —interrumpió una mujer joven, que hasta entonces había fumado tendida en un sillón, abandonándose a una languidez insensible, que sólo se traicionaba en la comezón del cigarrillo, en el vaivén de su boquilla rojiza y mordisqueada.

La flotación de los Seres Queridos, echada a andar por esta frase, tornó a deteriorar el aura instable de la sala.

—Porque esto no se arregla arrojando flores sobre el sitio —insistió el hombre con una saña prosaica, que parecía el introito de una demanda de perjuicios.

La mujer canosa alzó los brazos, demudándose increíblemente sobre su terrosa palidez.

—¡Dios mío, ayúdalos y a nosotros no nos desampares! ¡Yo te pido mi muerte a cambio de la de ellos!

El señor Laurido había olfateado el drama, y estaba volviendo para su oficio hemostático.

—Señora —alcanzó a decir, pero Robledo lo detuvo con un brazo extendido.

—No podrá impedirlo todo el tiempo —le dijo. Déjela que lllore. Es mejor para todos que se desahogue.

Pero la mujer canosa (“soy viuda y es mi hijo único”) seguía invocando a Dios con su antigua retórica salvacionista, y estaba de pie y no lloraba.



Susana se miró al espejo, mientras alzaba un brazo para deshacerse los rulos de papel. Había perdido ya aquella hosca tentación adolescente de adorarse el cuerpo, de acompañar con una mano ponderativa la redondez del seno. Tenía ahora veintidós años y una desganada conciencia de su hermosura animal y de las disponibilidades de placer y de dominio que podría darle, si ella se atreviese. “Bastaría que yo quisiera...” La oquedad casi azul del sobaco, alumbrándose repentinamente en mitad del espejo, bostezó una respuesta.

Era una vacua disponibilidad, al fin de cuentas, porque ni su educación ni sus timideces le permitirían ejercerla en la medida de la inconstante variedad, de la baquía, del aplomo que se precisan para engendrar esa larga costumbre que la gente empareja con el nombre de disipación. Tal como la entienden los hombres, como le habían dicho que la practicaba su padre.

Iba a comer con él esa noche, antes del viaje, y estaba preparándose para ir a su encuentro. Era curioso que nunca lo hubiesen hecho, que él se hubiera conformado con verla tan pocas veces, que sólo la flamante mayoría de edad y el pasaje que ella había tomado lo hubieran decidido a invitarla.

A varios años de muerte su madre, había encontrado el rollito de papeles al fondo del último cajón de la cómoda, ese mueble panzón de ébano esculpido y guarniciones doradas cuya hinchazón oblicua y recargada —ese pesado aspecto de antigalla que condecía con la casa y con sus habitantes— siempre la había desalentado de inquirir en sus profundidades, de escarbar su probable y soterrado interés.

En el primero de los papeles, que latía desde un escudo, desde el membrete de un juzgado y desde esa inescrutable mano de aldaba que era la palabra Cedulón, se anunciaba a la madre que debía contestar una demanda en Juicio de Visitas, que le iniciaba Mario Robledo.

Unido al cedulón por un alfiler ya herrumbroso, que había casi desintegrado y quemado la esquina del tenue papel de copia, corría un texto desvanecidamente escrito a calco de máquina, en renglones angostos y parejos, que al principio tomó por un poema.

Trabajosamente, moviendo brillos y mates del papel hasta lograr una luz favorable, pudo leer que “estando los cónyuges separados de hecho y hallándose privado el actor, por el capricho de la demandada, de ver a su única hija, de dos años de edad, se ve compelido a impetrar la ley y de los estrados, los elementales derechos que le concede un vínculo de sangre y que le niegan la comprensión y el resentimiento”. Unas frases más abajo, el

padre imploraba que se le dejara ver a la niña, si- quiera fuese "un par de horas por semana y en el frío patio del Juzgado".

Había acudido con el hallazgo ante la abuela, pi- diéndole una explicación, y la abuela no se había disgustado por el descubrimiento ni por las pre- guntas.

—Lo que él quería era seguir molestando a tu madre, aun después de separados —le dijo. Y no olvides que tu madre era rica. Cuando el juez le concedió el derecho de visita en el patio del juz- gado, tal como lo pedía, y vio que era yo y no ella quien te llevaba, dejó de ir en seguida. Hubo una sola visita que se cumplió: la primera. Lo que él quería era *usarte* para ver a tu madre.

Se estaba vistiendo ahora para ir a comer con él y repasaba la evocación punzante con que su abue- la le había abreviado la bochornosa sensación de desaire. "Recuerdo que la segunda vez te habías estrenado un trajecito blanco de organdí". Se veía ahora con sus botitas, con su vestidito arrepollado flotando entre las sillas de raso y los cortinados de la sala, vuelta de esa segunda visita que no se ha- bía *cumplido*. Esa segunda visita —pensaba— es recién hoy.

Y muy cerca de donde había estado el rollito de papeles, apareció más tarde el atado de cartas. Era una correspondencia posterior a la ruptura, y sobre el mismo tema de la hija: su tenencia, su educa- ción moral, la formación de sus sentimientos fi- liales, su instrucción. Las cartas del padre eran coloquiales y pretendían que, en ese tópico en que comulgaban sus intereses y sus afectos, eran toda- vía posibles, entre ellos dos, la simpatía y la fa- miliaridad. "Estarás de acuerdo conmigo, estimada Elvira, en que es preciso que nadie tuerza el alma

de la chica, deformando su concepto de lo que debe ser un padre" (Un padre, postulaba, no *ese* padre).

Ella, en cambio, no lo tuteaba. La aguda letra Sacré Coeur de los borradores, empinada hacia ade- lante —agria, angulosa, austera— no tenía ningun- a inflexión amistosa para dirigirse al hombre. "El punto —decía a menudo, como un motivo recurren- te— tendrá que discutirlo usted con mi abogado". Era visible que no extraña ninguna satisfacción de todo aquel intercambio epistolar, en el que estaba siempre a la defensiva, con una tensa sensación de incomodidad que afloraba en los giros impersona- les, voluntariamente descoloridos de su sintaxis.

A cierta altura de la correspondencia, había es- crito: "Me propongo guardar completo el legajo de todas estas cartas, que usted provoca con su afán por inmiscuirse en la vida de la niña y en la mía propia. Lo haré, no por ningún cuidado de docu- mentación ante usted, que no me interesa, sino pa- ra que un día, llegada a la edad de la razón, nues- tra hija pueda juzgar por sí misma. Por eso conservo sus cartas y dejo copia de las mías".

Ahora había alcanzado esa edad, su madre ha- bía muerto mucho antes y ella estaba preparándose para ir a comer con él. La edad de la razón. ¿For- zosamente había que enjuiciar y pronunciar un veredicto, una vez que se había llegado allí? Ha- bía leído muchas veces todas las jactancias, todos los escrúpulos y las mutuas reconvenções. ¿Y era alguno de los dos más justo que el otro?

Apenas recordaba el día de la muerte de la ma- dre. Todo había tenido —lo entendió después, por una lenta comprensión en la que la memoria sólo cubría algunos tramos— el sentido de un horrible escamoteo, uno de los tantos escamoteos en la edu- cación que le habían dado, con el propósito de pri-

varla por igual de las exaltaciones y de los dolores, de la pasión y de la pena. Sólo podía evocar la tarde brumosa en que, pegada la cara al vidrio empañado, se había preguntado por qué su tío Aurelio la había dejado en casa de esos remotos parientes, tras ir a buscarla a la salida del colegio, y por qué esas caras también neblinosas e irrecordables se fruncían para sonreírle, y aquellos seres hoy perdidos se acercaban a la ventana para tocarle, como con una piedad suave y tráfuga, los hombros, una mano o la cabeza. No había sido una aflicción, no había existido el llanto; había sido una torpe perplejidad, el reconocimiento de una ausencia que acababa de instalarse entre ella y la vida.

—Aprontándose con todo esmero para correr a los brazos del Padre Pródigo —dijo la abuela, cuajando súbitamente entre los marcos de la puerta.

—Por favor, Aba. Somos todos ingeniosos, ya se sabe. Pero aunque la invitación me hiciera poca gracia, no podría ir desnuda.

La vio por el espejo, en una composición que parecía estudiada —contra el empapelado granate y gris en bastones, de pie en la alfombra floreada— alta y flaca, con su vestido negro y el toque agresivo de su cabellera algodonosa rodeando un rostro suspicaz y amarillo.

—Hay un término medio entre la desnudez y la coquetería. Si te preparas demasiado, él va a tener razones para creer que has ido con gusto. Y no olvides lo que ha sido tu padre. Es algo que no cambia con una invitación al Águila.

—Voy a aplastarme los pabilos para abajo y no usaré una gota de perfume —prometió burlescamente Susana, para depreciar la admonición de la abuela. El tema de Papá ya está viejo y gastado.

—Sólo que ahora le dices Papá y antes decías “mi padre” —observó malhumorada la abuela. No voy a pedirte más que dos cosas, en nombre de la antigua autoridad que se ha perdido: que no vuelvas muy tarde y que no fumes delante de ese hombre.

La famosa educación recibida —tornó a pensar en cuanto el mismo resorte que había lanzado a la abuela en la pieza se la hubo engullido— había consistido en privarla por igual del dolor y de la alegría, pero no de un sentido solemne de la vida, de una fastuosa concepción de los Grandes Momentos y de los Grandes Principios que la condensan.

Durante muchos años se había escurrido con sus polleritas rabonas por aquellos cuartos lóbregos y aterciopelados, entre aquellas consolas y aquellos irrefutables retratos de damas color limón, con camafeos y abanicos, de caballeros pálidos con barbas, bigotes y plastrones. Durante años había chocado en su carrera con la mampara de esmerilados losanges rojos, blancos y azules que separaba el patio cerrado del abierto y hasta se había animado a hacer estribo en los ladrillos salientes de la pared lindera, semioculta por una línea de tiesas y altas cañas, para mirar por encima de los cascos de botella y entregarse a la fascinación de un mundo extraño y contemporáneo, en el que un hombre en mangas de camisa tocaba la guitarra. Pero todos esos años habían corrido para desembocar en aquel minuto ritual, lleno de inflada vastedad, en que Aba y los tíos abuelos se habían sentado en torno a la mesa del comedor, para que tío Aurelio dijera que ella había llegado a los veintinueve años y él tenía que dar a todos una prolija cuenta de su administración, al centésimo, de la herencia del abuelo materno, que ella había percibido en re-

presentación de su madre difunta. La habían sentado frente mismo a tío Aurelio, y tenía desplegados ante sí los gestos de medallón, la flácida cara de Abo y su cuello ajustado por la gorguera negra, la calvicie y los lentes ahumados de tío Aurelio, los finos labios morados de tío Julio, la miopía desapacible de tía Elena.

—Nieta única y única sobrina de tíos solterones —había dicho Aurelio con una ficticia jovialidad, para entrar en materia, y ella se había sentido más insignificante de lo que era, bajo la luz torrencial de la araña, cuyos tres golpes de llave sólo se daban en las grandes ocasiones. Había visto esa claridad pavorosa y palpable lamiendo, como a un muelle en mediodía, las columnas labradas del aparador y el trinchante, el día de la muerte de abuelo. Era un curioso efecto el de aquella irradiación escandalosa y quieta, a medias absorbida por el gentío, esa fija envoltura de luz que se detenía frente a la banda opaca del corredor, para hacer una transición precisa ante el fulgor deslumbrante y central de la capilla, por donde navegaba —como la imagen del cuño en el denso recuerdo de una moneda de oro— la última mueca desdeñosa de Abo. Vefía ahora la penumbra del corredor y, abierta en lo oscuro, la puerta donde empezara aquel día la gran ensenada luminosa, con su orilla abigarrada de flores y el rasgueo de unas moscas metálicas.

Pero esa otra tarde sólo había tenido ante sí la fila de unas pocas cabezas sensatas y frías, contra el valladar de los altos respaldos de cuero rojo y remaches de bronce, y había sentido bajo sus manos la erizada carpeta de felpa en medio de la que se alzaba, con la ubicuidad comatosa de un cadalso

en una plaza, el tintero con sus dos depósitos cubiertos y, meditativo entre ellos (¿ante Florencia, ante alguno de sus círculos infernales?) un Dante envuelto y sentado, la frente circuida de laureles.

Toda esa escena de la rendición de cuentas hacía las veces del gran cumpleaños pomposo, era una ceremonia de graduación familiar, a cambio de la fiesta de aniversario que no habían podido o querido ofrecerle; porque aquella caudalosa familia había vivido siempre una teoría de largos duelos enrabados (eslabonados, pensó, es la palabra seria, la que usaría tío Julio, si alguna vez incurriera en la depravación de sentir en este estilo mentalmente desvergonzado).

Perfiló el torso ante el espejo y se pasó el viejo cisne, casi deshinchado, por una de las axilas. Lo hacía sin narcisismo, sin sensualidad pero con audacia, porque ya era una mujer sin prejuicios, con todos los salteos intelectuales y ninguna experiencia.

Que no te suenes delante de padrino, que no fumes delante de ese hombre; de una a otra recomendación iban años y circunstancias, pero persistía, rodeándola, el mismo instinto fundamental del disimulo.

Ojalá ella pudiera establecer esta noche con su padre un cifrado de pequeñas complicidades, igual al que vegetativamente había crecido en todas aquellas idénticas tardes de domingo con tío Julio. Entre las fotos de la madre y de Abo, debajo de las que lucían —como al pie de hornacinas de santos— diminutos búcaros con violetas y el trazo oblicuo de dos espigas juntas, había por lo menos una foto viviente: la que rememoraba, en el sitio, la hora y el sol de tantas reposiciones, el paseo dominical con su padrino. Ella estaba sentada en el

pasto, con sus piernas echadas hacia adelante, enfundadas en unas botitas altas y prendidas que cubrían hasta media pantorrilla, y cuyo revés de piel de conejo podía aún evocar tibiamente. Al lado, con su sonrisa de viejo violinista vienés y su abrigo gris de cuello de pana, estaba tío Julio, también semirreclinado en el césped, con los pies cruzados, el torso erguido y la mano izquierda perdida detrás de los rulos de la niña. Por la parte más alta de la foto, corría, de borde a borde, una línea de balaústres, desde la que arrancaba la pendiente herbácea en que ellos dos se habían fotografiado y a media tarde merendaban. Tío Julio le llevaba un termo en un estuche de cuero, y unas plantillas envueltas en papel de confitería. A las cuatro y media, en aquel justo punto que averiguaba abriendo a cada rato la tapa de su reloj de oro, le hacía tomar, en el mismo capuchón niquelado del termo, dos vasitos de té con leche, y comer tres o cuatro plantillas, que eran la última recomendación de Aba, en el momento de la partida.

Luego quedaban en libertad de seguir su vagabundeo, pero acababan encaminándolo siempre hacia los mismos lugares. A las cinco de la tarde todo el color del día estaba perdido entre la humedad, el silencio y el respeto que manaban de las paredes del museo. El director era un hombre enjuto y alto —amigo de tío Julio— que se vestía de negro, con un corbatín que le daba varias vueltas alrededor del cuello, una esclavina para proteger los hombros, unos lentes que le oprimían la nariz, un ancho bigote recortado y un cigarro de hoja que creaba un aura más calurosa y viva que la del resto de la sala. Al cabo de algún conato de improvisación del interés hacia otros cuadros, concluían por detenerse, sin ninguna veleidad del azar, ante

el episodio de la fiebre amarilla. Y tío Julio bisaba imperturbablemente las explicaciones de la semana pasada.

—Es notable el estudio del claroscuro —decía, acartuchando las manos para que sirvieran de lentes, al estilo de largavistas, frente a la tela. Y la hacía mirar del mismo modo.

—Fíjate que toda la luz viene del último plano del cuadro, y decrece de afuera a adentro. En realidad, el sol golpea en la espalda de los dos médicos, salta desde la calle y llena todo el hueco de la puerta. Y se apaga por completo al borde del camastro, a la derecha.

Se quitaba las manos en anteojera, y eso indicaba que iba a pasar a los detalles humanos, no artísticos.

—Estos médicos que pintó Blanes existieron y murieron en la epidemia del setenta y uno, en Buenos Aires. Aquí también, por esa misma época, hubo epidemias terribles de fiebre amarilla. Llevaban a la gente a enterrar por montones, en carretas. Todo el mundo cerraba las puertas, de miedo. Y a veces, en la confusión, se llegó a enterrar a algunas personas vivas. Fue por eso que después se dispuso que a toda persona, antes de enterrarla, se le echara un puñado de cal viva en el pecho. Si no se contraía, estaba muerta. Duró hasta hace poco.

El seguía hablando de todo lo que ella ya sabía y no le importaba, si bien una primera vez pudo haberla impresionado. Tal vez se lo repetía para sí y sentía el deleite de esas reiteraciones, que le agenciaban su mundo, el tinte de su época y de su experiencia, la imagen de la vida inmediata y quizá la de su tiempo. Pero nada decía, por pudibundez, de lo que ella —una y otra vez— miraba con

poseso y amedrentado encantamiento: esa mujer que yacía en el centro de la tela, con un seno descubierta, del que un chico trataba de mamar todavía. ¿Estaba muerta? Y esa parábola de la madre difunta, de la que queremos seguir extrayendo aún nuestros jugos, volvía a aparecérselo siempre. También estaba el secreto de las prodigiosas transformaciones. ¿Sería ella, algún día, madre a su vez? ¿Crecen las mujeres desde las niñas, o son seres de una especie diferente?

Ahora que podía contener en su mano un seno igual al de la mujer caída entre la luz y el piso de baldosas, sólo había cambiado unas desazones por otras, las viejas inseguridades por las nuevas, mientras sobrevivía el sentimiento infantil del abuso, del saqueo en otras vidas para alimentarse de ellas, el mismo trozo de alma donde una sola vez el sér se encuentra, se conoce y se juzga culpable.

—¿Adónde fueron? —preguntaba Aba, abriéndoles la cancel, con un interés que parecía alentar la esperanza de una respuesta distinta.

—Al Parque Urbano —contestaba tío Julio, con el falso tono de la lozanía, de la novedad noticiosa, que era su parte en el juego.

Dejó el cisne en la polvera y se acercó al espejo, pasándose un dedo humedecido en saliva, para alisar las cejas. Con un golpe seco volaron las chinelas hasta dar contra la pared, debajo de la cama. Y Susana acercó una banqueta y se sentó para calzarse.

Hablaban del Parque Urbano, de la calle Cámaras, del Internato y del bazarcito Font, dándolos como referencias actuales de una ciudad que seguía siendo la de ellos. Y a ese mundo anacrónico que pisaban, se sobreponía el más vigente de sus recuerdos. Tío Julio se transfiguraba hablando de

su juventud, de los veraneos en Santa Lucía —“en la quinta de tu bisabuelo, al lado de la de Buy-sán”—, de las cabalgatas a las que se mezclaban nombres de mujeres que hoy eran abuelas o habían muerto, las mismas con quienes se encontrara por otoño y primavera en el Paso de las Duranas, que era el paseo de moda. Y las mayores peripecias de la familia se echaban, por supuesto, una clámide de historia y patriciado, de arraigo y de criollismo.

—Tu bisabuelo hizo su fortuna entrando ganado a Montevideo, durante el Sitio. Era tan amigo de Garibaldi, que le dio de ahijado a Gregorio, el mayor de nosotros. Era un tiempo de hambre y de miserias tan grandes que cuando él iba a visitar a Joaquín Suárez, ¿sabés qué le llevaba? Y tras una pausa, para la sorpresa que ella ya conocía: —Un napoleón, uno de esos bizcochos de azúcar morena, con forma de muñeco, que ya no se ven. Era un manjar entonces.

Un poco más cerca, Gabriel —otro de sus hermanos— había participado en el complot de Ortiz para asesinar a Santos, y la misma noche del tiro en el Cíbils el bisabuelo lo había embarcado clandestinamente en un lanchón hacia Buenos Aires, desde donde lo había fletado a estudiar medicina a París.

—Vivía en el Barrio Latino, en una bohardilla, y se había llevado un loro y le había enseñado a insultar en español, encaramado a la ventana, de la mañana a la noche: “¡Franchutes, hijos de tal por cual!”. Ellos lo miraban, intrigados de que hablara pero sin saber qué decía.

Susana sabía de memoria la historia de Gabriel, sus estudios brillantes cortados por el suicidio, y la llegada del ataúd acondicionado en un armazón de listones de madera, y conteniendo dentro de él una envoltura de plomo, soldada a estaño, todo eso

cuando Aba y Aurelio eran muy chicos, y Julio y Elena aún no habían nacido.

—Iba a ser un médico de primera —decía tío Julio, lamentándolo con la fuerza y la vivacidad de una desgracia reciente. ¡Y matarse así, por una poule!

Sonreía ahora al recordar la pregunta que tantas veces estuvo tentada de hacerle: —Tío Julio, ¿qué es Unapul?

El tiempo había cambiado todas las cosas, y Julio —que no se había matado por nadie— había sido convertido por la vida en aquella veladora llena de remedios, en aquel repertorio de medicinas y diagnósticos, en aquella letanía invariable del fuego en el estómago. Había llegado hasta hoy más desfigurado que tío Gabriel, ahijado de Curtin y enemigo de Santos, con su loro de la bohardilla y la inverificable *cocotte* que le había dado un pretexto para matarse.

Un día —hacía sólo un par de años— revolviendo en un rincón de la biblioteca, Susana había encontrado un libro pequeño, con un paisaje de finos árboles amarillos, otoñales, y el nombre entero de tío Julio estampados en la cubierta. Nunca le habían hablado de él, y lo había abierto con el escozor de una viciosa curiosidad. En un par de lecturas había podido aprender la décima que corría, en raudal menudo, por la hoja color marfil:

De sus gracias preso

Me rogó Lili:

Canta de exprofeso

Himnos para mí.

Lírico en exceso,

Ebrio en frenesí,

Díjela: Te expreso

*Mi pasión así,
Y en la boca un beso
Rojo le encendí.*

Cerró el libro, como si hubiera cometido un pecado al tomarlo. Toda la improbable plenitud romántica de tío Julio estaba allí, y también toda la vena reprimida en aquella casa, donde haber sido poeta era un error inmenso de juventud, donde se odiaba la presencia física de la muerte (tía Elena se jactaba de no haber visto jamás un cadáver), donde se proscribía el nombre de Dios como si fuera una debilidad de los cobardes y donde se ignoraba cualquier apelación al amor y a las pasiones de los hombres.

Pero el colegio no había sido eterno, y los Preparatorios habían traído otros rostros y maneras, la invasión exultante de otra época. Susana había tenido amigas y conocido el compañerismo, la jocunda y deportiva frivolidad de los muchachos, o su pesada y taciturna ambición de acceder al mundo; había podido llevarlos a casa, a favor de la progresiva debilidad de Aba, que habría sido la única capaz de impedirlo. Y prendió entonces en ella la pasión de los esnobs, y tarareó a Gershwin sin sentirlo y adoró a Picasso sin comprenderlo y supo que en el mundo había otros libros que los de Renan, Taine y Thiers, otra pintura que el cuadro de Blanes o las bravías marinas de Manolo Larravide, otra música que el Carnaval de Schumann que tío Julio silbaba y seguía embelesado, garabateándolo con las manos en el aire, mientras lo escuchaba por radio o se agotaba pedaleando para hacerlo brotar de los rollos cribados de la pianola.

—No sé cómo lo consientes —decía el padrino, delegando su propia debilidad en la flojera de Aba.

Con esta sola y tenue amonestación la vida había cambiado, y era posible que sonara el teléfono para una cita por la tarde o que cualquiera de los muchachos levantara, con los dedos bien ajustados al pescuezo del Dante, la imperiosa mole del tintero (“¿Y éste quién es? ¿El Papa o Jean Gabin?”).

“Esta *ménagerie* de jovencitos insolentes”, murmuraba tío Julio, que apenas los saludaba, al cruzarse con ellos en el patio. Las perdidas tardes del Parque Urbano y la insufrible infección del jazz alumbraban por igual su odio. Pero era un odio débil y castrado, una pobre pasión de la edad senil.

Y ahora que con triste pompa, sugestionados por la estrictez formalista de tío Aurelio, habían admitido que era mayor de edad y capaz de mandarse a sí misma, intocable en el terreno de las decisiones y dueña absoluta de su fortuna, ella lo había decidido todo junto, el viaje, el avión y la experiencia de la soledad y del extranjero. Se habían encogido acaso a llorarlo en los rincones, pero estaban vencidos y eran impotentes para vociferárselo. No figuraba en sus reglas enrostrarle la ingratitud, ni la tácita y entrañable desobediencia.

Estaba vestida e iba a marcharse a comer con su padre. Era el primer acto de sumersión profunda en un mundo que ellos no gobernaban ni vigilaban, la comunión posible con todos los arrebatos inmotivados, con todas las tentaciones, inocentes o culpables, siempre que fueran prestigiosas y arriesgadas, la fraternidad repentina y fugaz con el desconocido que tocaba la guitarra tras el cerco, un mundo para el que se abrían, de ahora en adelante, los días de su vida.

Los ruidos de la tardecita llegaban amortiguados a aquel quinto piso, y se atenuaban más aún en las cortinas de brocado que enmarcaban la vidriera. Dentro, en la penumbra de una lámpara baja y en el aire calinoso de gente que había estado, hablado, bebido y fumado, parecían distenderse —en su pereza felina de fin de jornada— las heteróclitas piezas de mobiliario, una de cada color, que flotaban en el vasto salón.

La mucama vino suavemente y corrió los estores, inclinando luego las pestañas de las celosías, a todo lo largo del vitral. Robledo le pidió entonces un whisky —“bajito, con una piedra”—, se reclinó muellemente a terminar su cigarrillo e hizo el insensible movimiento de aflojarse la corbata.

Sobre la mesa de caoba, en una frutera de metal blanco, estaba el mazo rebosante de tarjetas. Había en ellas un repertorio de la elocuencia, desde las que se consideraban cumplidas con dos letras y una barra hasta las que se creían obligadas a decir “Dolorosamente impresionados por la tragedia” o “Nuestra querida e inolvidable Susana”. En otra fuente alargada, al borde del *dressoir*, estaban —arrugados y en puntas desparejas— los mezquinos y crípticos telegramas, que abreviaban direcciones, condolencias y firmas, hasta hacerlos caber en un total de diez o doce palabras.

Lentamente, como en un infligido ejercicio de estupefacción, Robledo empezó a trabucar las fórmulas, a imbricarlas en las colas de frases sueltas que habían quedado por allí alrededor, como desechos de una tarde extenuante. Estas cosas tienen que

pasar, querido, Stop, nunca sabremos quiénes son los más felices, pensar que hace tan pocos días se iba tan contenta y ahora Stop. Desató y dejó caer por el pecho la corbata de espumilla negra; y pensó que, desde hacía años, estaban ocurriéndole cosas que no se le parecían. Elvira había muerto sin haber dejado de ser su mujer, y en la situación equívoca de que él no hubiera sido avisado, se le hubiera dejado entrar a regañadientes en la casa y hubiera tenido que fingir, ante el saludo y la curiosidad de los extraños, una absurda y mentida familiaridad con los detalles de la agonía, una agonía tan rápida que a cualquier otro sin su avería íntima lo habría relevado de saber y contar, de tener otro argumento veraz que el estupor y el anonadamiento, que él en cambio no conseguía provocarse.

Había podido al menos ver la cara firme e inamistosa, la frente que no había pensado en él al morir. Y había sentido la crispación de cada abrazo desenterado y súbito, la desazón de cada mano que le oprimía la nuca a destiempo, mientras el gesto desconfiado de Elvira juntaba una impalpable ceniza en las comisuras y retrocedía de continuo ante la obstinación de atribuirle o prodigarle un sentimiento de despedida.

La muerte de Susana había dejado, por el contrario, las esperas y las conjeturas tras sí, había jadeado a lo largo de cuarenta y ocho interminables horas y llamado junto con otras, indiscerniblemente abrazada a otras muertes iguales y desconocidas, en cables, en mensajes, en promesas de auxilio, en las mil falsas pistas de la esperanza. Y él otra vez estaba allí —tibio, liviano, depredado y fútil. La misma devastación de lo que había sido precariamente suyo carecía ahora de importancia, recaía

sobre su vieja incapacidad para haberlo cultivado o saber conservarlo, y sólo acudía a exasperar una nostalgia vaga e informe de otra vida, una conciencia ávida de facilidad, de desentendimiento y de sueño.

“Hay que reponerse, hay que ser fuerte” —decían, no porque lo vieran flaquear sino porque traían la frase preparada, para depositársela en la oreja con un aliento cortito y cercano.

Reponerse, ser fuerte. Ya no quedaba otro futuro que el progreso en la oficina, ya no había otro objeto en la vida que el placer ni otro escenario que el pequeño apartamento donde ahora mismo estaba Aldo, fungiendo las sábanas y el Vat 69.

—Es un apartmentito *mignon* —había dicho Matilde la primera vez, girando airoosamente, descalza y en camisa, y abarcándolo por entero con la mirada, desde el centro del estrecho recibidor. Y luego Iris se había encaprichado en que cambiara aquellas veladoras de caracoles de mar, opalinos y rosados, por cuyas valvas salía un resplandor de lamparillas rojas, difundiendo en la pieza una ambigua atmósfera de perversión, cópula y asesinato. —Es cursi, querido —insistía. Es cursi y no sé por qué, pero me entristece. Entonces Aldo había traído aquellas candilejas teatrales y había armado las dos esquinas de iluminación indirecta, con lampos amarillos y azules, que no daban una luz menos cursi, sino botada a otra escala de cursilería y sofisticación, a la que Iris se entregaba como a la suma de la belleza y del encanto. “Hoy soporto sólo la mancha amarilla” y “Hoy quiero la azul”, eran dos pedidos en los que ambicionaba dar la volubilidad femenina, el humor versátil e inmotivado que ella sabía que los hombres cotizan bien en las mujeres. Finalmente, Magda había dibujado y dirigido

do el barcito de cañas con mostrador laqueado en negro y la cabecera de pared cubierta, a modo de tapiz, por una estera de junco pintada en gris verdoso; y había proscrito, con ese solo *toque escenográfico moderno*, los demás muebles mellados y recomprados del recibidor, las reproducciones de óleos con rozagantes madres bretonas inclinando sus tocas sobre ruelas o cunas, y la mesita con tapa de cristal y lámpara de pantalla de seda, que eran la herencia de otros apartamentos colectivos que el tiempo y las discordias habían desmantelado. En las mutaciones del mobiliario de aquellos treinta y tantos metros cuadrados, estaba la historia de sus últimos veinte años, el proceso de unas cuantas mujeres ocasionales, la memoria de sus gestos, de sus miserables y mentidos sacrificios, de sus celos, de sus histerias, de sus graciosas o grotescas borracheras y el jubileo de esa gran imposición acrobática que había sido siempre, en sus relaciones con ellas, la administración única del único amor.

En la pura verdad el único amor posible estaba muerto, y no había tenido nunca la cara ni la visión del pecado. Abría los negros ojos rasgados, llenos de una húmeda irradiación de alegría y entusiasmo, de inocencia y posesión de la vida. Estaba allí, frente a él, riéndose con esos ojos más que con la boca, adelantando un torso de mujer o dejando tan sólo, tras la lista de vinos puesta por delante, la boina de color hoja seca.

—¿Qué vino preferirías? —estaba preguntándole él, para acompañar la ceñuda parodia de conocimiento, el simulacro de mundanidad en que ella corría los ojos sobre nombres desconocidos, cabalísticos e indiferentes.

—Blanco para el pescado —había dicho Susana, como toda su cifra de aprendizaje. Y él sentía la felicidad de verla ahora con asombro, porque se había salteado la rutina de su crecimiento y porque era deliciosamente seria y pueril con el espeso arco de sus cejas, con su boca avanzada y fruncida y el ligero y desordenado vello de la nuca dorándose al golpe de fuego que ardía a sus espaldas, en un rincón del grill.

—Tenemos que vernos a menudo, cuando vuelvas de tu viaje —le había pedido, fingiendo a su vez que aquella era una proposición de igualdad. “Tenemos que vernos para que yo no envejezca, para que sienta que te he hecho y que me llenas la vida”, era la oculta y verdadera propuesta.

—Claro que sí —se había apurado a asentir Susana, con una extraña rotundidad, de fondo abstraído y pensativo. Papá —había añadido al cabo de una pausa— ¿por qué me viste tan poco de chica?

—No fue por culpa mía ni de Mamá —respondía él, con un acento insólito de ternura en la última palabra. Fue por culpa de esa gente que te he criado, tu abuela y esos tíos que envenenaron todo lo que había entre Elvira y yo, y a veces creo que hasta a ella misma contra mí. Pero todo esto se ha acabado esta noche, y estoy tan contento contigo que no tengo ganas de volver atrás.

Ella lo había aceptado. Habían terminado de comer y él le había ofrecido un cigarrillo, encendiéndolo antes de entregárselo. Te confío mis secretos de humo, había bromeado. Y de pronto, desoyendo su propia interdicción: —¿Y tú, te acuerdas bien de tu madre?

—Me acuerdo, sí, pero sólo estoy segura de unos pocos recuerdos simples: cuando me obligaba a tragar una yema de huevo en jerez o cuando me

desmontaba de golpe, sacándome el plumero en que yo andaba a caballo. Pero hay otros recuerdos más complicados, y no sé si son cosas que vi o que me contaron casi en el tiempo en que murió.

Había seguido un largo silencio, y él había movido un brazo para dispersar el humo que se espesaba entre los dos. Después habían pedido coñac y le había enseñado a entibiárlolo en el hueco de la mano.

—Papá —había dicho (¿o creía él y lo había ahora dolorosamente inventado?). Tuve miedo de que toda esta comida fuera una cosa estirada y, ¡qué se yo!, insincera, sin naturalidad. Pero estuvo muy bien.

Había estado muy bien y él la había contado en estos días muchas veces, buscándose auditores por separado, para dar a todos ellos la impresión de que aquél era un encuentro de varios, el primero de una serie en que se había consumado el reencamamiento. Y cuando lo mentía entraba él mismo en su cuento, y tenía ante sí la visión de días enteros de una vida compartida, un largo y henchido remanso de tiempo que fuera sólo para ellos dos, tomados de la mano por encima de la mesa y canjeando palabras, fortuitas coincidencias del gusto y del sentimiento, silencios y promesas, votos quedados en la punta de la lengua, compromisos más ciertos porque sólo eran tácitos. ¡Cómo tendrías que cuidar a tu hija!, le habían dicho a menudo las mujeres, según el axioma de que un hombre donjuanesco es siempre el padre más celoso. Y era ahora, recién ahora cuando estaba cuidándola.

—Querida —se había animado a decirle mientras iban de regreso en el taxi. ¿Te contaron alguna vez que casi naciste en un auto, en una convertible amarilla que yo tenía entonces? Llegamos al sana-

torio con ocho minutos escasos de margen. Y ella lo había aprendido y festejado, y había volcado la cabeza en su hombro, tal vez enternecida por esa sola imagen —entre todas las que nadie le había dado— en que los tres quedaban indisolublemente juntos.

¡Pobre Susana!, pensó moviendo el trozo de hielo en el resto de whisky. Las primeras veces había agrupado las palabras y hasta había llegado a modularlas en voz alta, sin que la emoción misma apareciera. Podía dar con una frase compungida, pero no con su tono. ¿Estaría tan seco por dentro, carcomido en el tronco? ¿O es que era imposible llorar una muerte sin cuerpo, un duelo telegrafado y casi abstracto?

Pero las fotos de los diarios —los restos del avión, los expedicionarios con las narices taponadas, una mano de mujer mutilada y con anillos— le habían hecho sentir al fin ese fervor carnal de la desposesión, y había llorado entonces sencillamente y sin espasmos, sin provocación y sin lástima de sí mismo, con cierta abandonada nobleza de juventud. Y los diarios de unos días antes —los de la incertidumbre y la busca— lo exasperaban con sus fútiles esperanzas y falsas precisiones, si volvía a hojearlos ahora: *Otra cruzada bandeirante. No hubo ningún S.O.S. Zona posible del accidente, en grisado.*

Toda la vida iba a ordenarse, en adelante, para una impura vejez, cubierta de dinero y de egoísmo, sin un afecto a perder ni una sola compañía en la sangre. Algún día próximo su hermana moriría y él iba a hallarse solo, sin nadie. El sexo mismo iba a acabarse e iba a estar solo, sin sus mujeres acosadas, sin poder atesorar siquiera la triste escena dominical de las tres de la tarde, la turbia vislum-

bre del tragaluz en el apartamento, la cama deshecha y él con la que fuese, sentados sobre sus piernas dobladas en aquel pozo de sábanas, apuntalados por los almohadones que habían caído al suelo en el abrazo, abriendo la caja de masitas y dejando a cada lado en la alfombra, entre trago y trago, los vasos y la botella de espumante. Nada de nada. Ya no la pura y redonda felicidad, que había visto arder en el ángulo del restaurante y desaparecer, entre las caras hostiles de los viejos, en la despedida del aeropuerto; ya no la exigua y adivinada felicidad, sino tampoco la dicha. La dicha, que es algo —como el sonido de la palabra lo declara— sospechosamente expreso y amanerado, el rebuscamiento de la plenitud por el fatuo orgullo viril del orgasmo. La dicha, *la dicha infeliz*, la eterna botella de espumante y las masitas, cuajadas cándidamente en la memoria de un domingo.

“Era lindo —le había escrito Matilde desde Santiago, y la carta le había llegado entre las tarjetas y los telegramas de esos días— hacer el amor en tu departamento. Lindo pero falso. Todo parecía muy limpio y muy claro, como el piso. Pero cuando una había recorrido tu casa descalza, descubría esa noche, al acostarse, que por toda ganancia del día tenía las plantas de los pies horriblemente sucias”.

La vejez, las plantas de los pies y el alma sucias. Y sobre todo la soledad, la soledad inquieta del dinero, que ahora lo aguardaba. La soledad sin nadie, y una parálisis y una cama para morir, y el cáncer o el síncope nocturno o un feroz y eterno insomnio final en una pieza. Era una idea aterradora, pero él pondría toda su fuerza en postergarla y rechazarla, como otros postergamos la inspiración de escribir o de pagar una deuda.

La misma sala de la compañía, sin humo y sin los pasos de la gente; los mismos anuncios que glorificaran la experiencia y la seguridad, y ahora parecían descascarados, despegados, llovidos y desteñidos, inactuales como los carteles políticos al alba del lunes. El mismo Mr. Addison, irreprochable, impecable, imperturbable y planchado, pero secretamente deprimido, envejecido y trémulo, porque había perdido el resplandor de la primicia y sólo tenía que regatear y sostenerse en los bordes quebrados de aquella relación; el mismo Laurido, que creía poder salvar, invulnerable, el lote de su eficiencia, y las mujeres y los hombres —que ya se titulaban deudos— sentados en la orilla de los sillones, sin amistad, sin confianza, sin descubrir ningún valor que aconsejara la entrega.

Lo posible y lo imposible contra la fatalidad, cuatro expediciones de rescate, un monumento funerario de primera condición para los restos, pólizas y declaraciones firmadas de las víctimas, las ropas y efectos que se pudiera individualizar, deplorables pleitos que alargarían este asunto que todos tenemos poderosas razones espirituales para desear que se cancele, todo eso había flotado, circulado, burbujeado y remolineado, sobre un río de elocución sajona, de tenacidades y de chapucerías idiomáticas, en el penoso discurso de Mr. Addison.

Removía a cada instante los papeles en que se apoyaba, ofrecía documentos, cifras de gastos, pesares y pérdidas de la compañía, tratos satisfactorios y todo el arsenal de componendas que contenían las instrucciones de la central de Nueva York.

Laurido —más obscenamente servil desde que las circunstancias daban un matiz de ignominia a su sagacidad de latino— había interrumpido al gerente para decir que las demandas, en todo caso, deberían entablarse en el extranjero, donde varios de los pasajeros habían hecho la conexión de aviones y donde el accidente había ocurrido; y había agregado —con una risita falaz— que ya ze zabe lo que zon loz abogadoz teniéndoloz zerca, y más aun zi ze lez da un poder a milez de kilómetroz de distancia.

Un coro de mujeres, que se había agrupado por instintiva afinidad y había ocupado el sector izquierdo del ruedo de sillones, estaba cantando con sus colas de luto, con su palidez resuelta y patética, con sus sofocados cuchicheos, con los péndulos de sus colas de luto, con su palidez resuelta y paética, cantando que sus hijos, que sus padres, que sus hermanos perdidos no tenían precio, y que era de una intolerable grosería ponerlos ahora en la balanza, hacerlos montar al patíbulo regado de monedas aquí y así, a la vista del público, y desnudarlos y aceptar su ejecución y venderlos. ¿No era mejor que todo eso se hiciera lejos de ellas, que alguien les diera la cuestión terminada? Tal padre era profesor y su muerte cortaba investigaciones valiosas. Tal marido un banquero y no se sabía cuánto ganaba. Tal hermano un industrial que proveía por su madre baldada. Y el hijo un ingeniero, el hijo único; los años que le quedaban por vivir, ¿qué precio podían haber tenido, si sólo Dios los sabe? Y el hermano abogado y todos los parientes, el alma de la familia y el lucro cesante. ¿Cómo ocultárselo a una madre que no tiene ya un corazón sano para sufrir la noticia? Era horroroso que este hombre tuviera la vida reducida a dinero, tasada en

dólares y en trato satisfactorio, limitada a ecuánimes compensaciones y a firme-aquí, firme-aquí, firme-aquí.

—¡No firmamos, hemos resuelto no firmar ningún acuerdo!— dijo irguiéndose la mujer canosa.

Nadie la oyó fuera del grupo, porque Mr. Addison y Laurido parlamentaban con los hombres y la mujer joven que fumaba en boquilla. Pero este lado mezclaba falsos justicieros, falsos dolientes con dolientes verdaderos, con gente que no sabía pedir justicia porque era débil y el padecimiento no la había ilustrado en el odio; porque era tímida y aceptaba las confortaciones estériles de la intención y del decoro, en que Laurido estaba aleccionándola: Demandaremos a loz diarioz por el zenzazonalizo inundo de ezaz fotografiaz; ze inveztiga zi hubo zabotaje, y zi ze dezubre ze castigará;... doz coronaz de florez todoz loz añoz dezde el aire, una en nombre de uztedez y otra en nombre de noz-otroz. ¿Eztimarían loz zeñorez que?...

—Lo interesante sería saber, gerente, si usted tiene alguna fórmula concreta que ofrecernos, dijo el hombre de la pesadilla. Porque de lo contrario sería mejor que no se nos hiciera perder el tiempo, ni se faltara el respeto debido al duelo de estas señoras.

De todos modos no vamos a firmar, de todos modos no vamos a vender.

—Nadie falta el respeto, señor —contestó taxativamente Mr. Addison, que se atenía tan sólo a conjurar la hostilidad. Si las fórmulas parten de ustedes, por supuesto que la compañía las tomará en cuenta y serán cuidadosamente estudiadas.

—Nadie diría que hemos venido aquí para que ustedes estudien —avanzó despectivamente la mujer de la boquilla rojiza.

Nuestro padre dejó el libro abierto en la mesa y viajó, nuestro hijo no había querido ponerse la etiqueta en la solapa y pasaba el guante para disipar el vapor de la ventanilla, pero el vapor de llanto y humedad venía de afuera y esa mano de cuero amarillo fue lo último, lo último que vimos y supimos, lo último que quiso concedernos el Destino y viajó, también viajó el Destino con ellos. Nuestro hermano se despidió de todos en casa, en el pedazo de césped en que jugábamos de chicos, donde teníamos el columpio y la trilla y viajó. ¿Quién puede ahora tocar con los labios del amor los cuerpos que están rotos y no existen, los rostros que no se sabe dónde están, y quién arrodillarse a llorarlos si no habrá una sola piedra que con certeza los oprima?

Robledo apretó el resto del cigarrillo en el cenicero, lo estrujó en redondo hasta que las hebras de tabaco rompieron la envoltura de papel. La luz de la sala parecía haber elegido su espejeante peinado para descansar, y los rasgos menudos y cordiales de aquella cara sin fealdad ni sorpresas asumían la responsabilidad de la cordura.

—Es claro que con todo el oro del mundo no se nos devuelve a uno solo de nuestros muertos. Pero no debemos tratar el asunto como si estuviéramos discutiéndolo con los criminales. Los señores han sufrido toda esta horrible experiencia junto a nosotros, y quién sabe si no habrían aceptado ponerse en el lugar de los que hoy sufrimos, para evitar el papel que en estos días los hemos forzado a desempeñar... y estamos todavía adjudicándoles.

—Por supuesto que sí, por supuesto que sí.

—No sé si alguno de ustedes piensa pleitear en su propio caso, y si así fuera yo no querría disua-

dirlo. Pero pienso que hay ventajas en buscar una solución uniforme. Respeto mucho el sufrimiento de todos —y giró la cabeza hacia unos y otros, como si los invocara al principio de un discurso, como si tuviera que comenzar con un extraño ritual de conferencista, "Dolientes de la derecha, dolientes de la izquierda, señoras y señores". Con todo, me creo autorizado a hablarles, porque sé que si hay un dolor insuperable, un despojo sentimental del que no se reacciona, ésos son los que causa la muerte de un hijo. Es mi caso y —señalando a la mujer canosa— es el caso de la señora. Ella y yo hemos perdido cada uno un hijo, y un hijo único, y un hijo en plena juventud, en esa edad en que recién empiezan a devolvernos lo poco o lo mucho que hemos hecho por ellos. Y yo no pleitearía en mi caso, siempre que tuviera alguna solución por delante, alguna clase de arreglo que me evitara exponer la memoria de mi hija a ese manoseo de las audiencias, de los expedientes y de los litigios, que por desgracia conozco muy bien.

Hubo un silencio receloso y Robledo volvió a hablar.

—Podríamos, se me ocurre, formar una pequeña comisión, nombrada entre los que estamos, para estudiar una fórmula conveniente. Y pasaríamos entre tanto, como dicen en las Cámaras, a cuarto intermedio.

Estudiemos lo que vamos a firmar, estudiemos lo que vamos a vender. Y si pensamos hacerlo, fraternicemos desde ahora con el miedo del yanqui y con la repulsiva amabilidad del ceceoso de las patillas. Y en adelante ya sabremos dónde están enterrados aquéllos que quisimos.

—¿Un cuarto intermedio?, —preguntó la mujer de la boquilla rojiza. ¿Yéndonos para volver otro

día o esperando aquí mismo mientras la comisión delibera? ¿Qué entiende usted exactamente, en un caso como éste, por hacer un cuarto intermedio?

V

Hasta el balcón de la pieza de hotel llegaba, como en una tela de Dufy, la clamorosa mañana. Era un paisaje inmediato, que parecía posible tocar y empastar con la punta de los dedos, un paisaje encabritado hasta golpear con los cascos en el atril inservible de la persiana doblada; colgaba literalmente de los marcos de la abertura y asaltaba todos los huecos del labrado colonial de la baranda. Los montes con su frente de ocres polvorientos y sus flancos moteados, con sus enredaderas de caseríos y la vibración solar de sus caminos; y el océano vítreo, el mar verde botella entrando en la confianza carnal de la bahía y abrazando posesivamente la cintura de las islas.

Así lo habían sentido ellos dos el primer día, aun no salidos de la borrachera, todavía nauseosos y vacíos. Y hoy aquel monstruo irresistible los había embotado y enviciado, los había sorbido sin que tuvieran conciencia de pertenecerle.

Volviendo los ojos legañosos y heridos desde el cielo al interior de la pieza, Aldo vino hacia su cama golpeteando las chancletas; se restregó los párpados con los nudillos, desperezó el largo cuerpo como si remedara la enorme estatua que acababa de ver, y pensó que tenía que bañarse. Robledo, sentado al borde de la cama, cebó un mate y se lo alcanzó con cuidado.

Más allá de las camas, la habitación se enangostaba en un pasillo con pretensiones de vestíbulo, donde la penumbra rodeaba a una mesa con varios vasos, un cenicero lleno de puchos y dos botellas secas. Abierta en el piso, en ese límite de la claridad y la sombra, tal cual la habría puesto un escenógrafo, aleteaba una servilleta, con el doble trazo al pastel de unos labios que se habían ido de madrugada.

—Ninguna de las dos veces —dijo Robledo— al actuario le hizo gracia que me viniera. Anteayer me salió con que ya le había pedido otra licencia igual el año pasado, y le contesté que era el otro aniversario. Él dijo que la primera vez, por ser el primer año, había tenido una tolerancia especial, pero que ahora la cosa se repetía, y que las licencias del judicial son las ferias.

—¿Y qué le contestaste?

—Lo frené en seco, diciéndole que yo esa licencia me la tomaba, porque el veintiseis era la fecha y tenía que estar aquí de cualquier modo. Y que tanto me daba, al fin de cuentas, con sueldo o sin sueldo.

—Sin *goce de sueldo*, como dicen —corrigió Aldo, con un falsete de gandería.

—Y sí, me la dio con goce. Porque son hijos del rigor, y ahora que no dependo de ellos me respetan. No era para tanto, me dijo; sólo que tenía que hablar con el juez. Y en ese mismo momento ya lo tuve conmigo, y estuve seguro de que no habría problema. Fue como la señora de la mesa de entradas. Cuando yo era un pelado y un día la invité a tomar el té, fue a decirle al actuario que yo la molestaba. Y después, cuando me vio con el auto, se dejó llevar hasta cerca de la casa, y *aínda mais*. Te juro que al final me dieron ganas de decirle: ¿y

ahora, por qué no vas a contarle al actuario? Durante varios días sentía una cosa rara al verla allí, muy seria, tomando los papeles y escribiendo con su letra menuda "Recibido hoy y al despacho, conste"; porque cuando yo la había tenido conmigo, ninguno de los dos se acordaba de la oficina.

—No se podía perder este viaje —reflexionó Aldo, cuya sensualidad se regodeaba más con el recuerdo del vuelo gratuito que con la historia de una mujer ajena. Una vez que habías conquistado a ese mixter —dijo fraguando un débil retruécano, de los que Mario podía festejarle.

—El tipo se ha portado muy bien, hay que decirlo —propuso Robledo. Cuando la primera vez me llamó y me dio el pasaje, me dijo con mucha solemnidad: Señor Robledo, mientras yo esté en la compañía a usted no le va a faltar un pasaje todos los años, para ir a la tumba de su hija.

—Los favores recibidos... —canturreó Aldo.

—Todo lo que quieras. Pero había que tener rostro para ir y decirle la segunda vez: Señor Addison, yo me tomo siempre vacaciones con un amigo, y él no está en condiciones de pagarse un pasaje como éste. ¿Usted me podría dar facilidades para que yo se lo regalara?... ¡Captó en seguida!

—Lo agarró en el aire y lo agarramos en el aire —dijo Aldo.

—Es un *gentleman*, no hay nada que hacerle.

—Y a propósito —exclamó Aldo, a quien la palabra inglesa había suscitado una rápida asociación. ¿Queda whisky para esta noche?

—Ni una gota. Pero de todos modos, yo propongo no volver acá. Si no, al final va a haber que darle un conto de propina a la vieja.

—Mi plan es éste. Las vamos a levantar medio temprano, las llevamos a la Cascadinha, si insistís

en ver la capillita de Portinari, tomamos un café o una cerveza por allá y después les pedimos que nos acompañen hasta el cementerio. Eso sí, se quedan afuera, esperándonos en el auto.

—Me parece mejor —consintió Aldo—. No es que les vaya a faltar clase para ponerse en situación pero, aun sin querer, te pueden estorbar.

—Seguro. Hay que saber distinguir cosas que son diferentes; por más desprejuiciado que uno sea. ¿No te parece?

—Te lo digo yo, que tengo un gran respeto por los sentimientos, aunque te creas que porque pinto decorados tengo que ser un existencialista.

El sol de última tarde tiene también un sentido de nostálgica fascinación, cuando es la luz de una tarde extranjera. Rebotaba ahora en las aristas de los montes, dejaba ya vertientes anegadas en sombra y se refractaba en los desfiladeros, arrojando algún sesgo de resplandor sobre los valles. En la quietud precoz que a esa hora tiene un cementerio, sólo rumoreada por el regreso de los pájaros, ésta era una postal provocativamente melancólica y ellos dos —pasando por las angostas veredas, rodeando monumentos blanquecinos y epitafios portentosos— tenían la sensación de que su propio movimiento era un error, como si estuvieran caminando sobre la banda de un film o por el escenario inseguro de un sueño.

Al fin se detuvieron frente a la estela conmemorativa, ante aquel osario grandilocuente erguido entre taludes y dibujos de jardinería. Las cuatro esquinas del monumento estaban adornadas con flores, pero su misma distribución simétrica desmentía la ilusión de la espontaneidad, la idea de pequeños e ignotos homenajes individuales.

Esto es también la compañía —pensó Aldo. Es la compañía de un modo ligeramente más tenebroso, porque cuando estas organizaciones son así de fuertes, hasta una tragedia sirve en la línea del tiempo a los fines de su propaganda.

El epitafio único era higiénico, traducido, pío con los muertos y reticente con la ocasión. Recordaba a una de esas piedras que en los acantilados, según cuentan los libros, hacen memoria de los naufragios; se lo imaginaba uno inaugurado con los mismos coros de iglesia metodista, con salmos y sin lágrimas, con la piedad de los terceros, Biblia en mano.

Robledo se adelantó unos pasos y, aunque el sol no lo molestaba directamente, hizo visera con la mano sobre los ojos. Aldo, como si su fijeza fuera la única posible consagración emocional del impulso del otro, se quedó donde estaba, unos metros más atrás, la frente tendida hacia lo alto, entubado en su estrecho traje de gabardina, alisando el sendero de grava con sus agudos zapatos amarillos.

¿Pensará él que hay algún hueso de ella en esta huesa?, se preguntó. Tenían una amistad muy profunda, pero siempre hay un sitio donde la amistad se detiene, teme preguntar y no franquea la puerta. Y este minuto en que él miraba a Robledo y Robledo abstraía sus ojos en la cruz grabada en la pirámide, corporizaba esa sensación de inviolable distancia, de incomunicación sagrada. Él no tenía ningún derecho a saber si Mario estaba realmente conmovido, o si hacía su parte en un ritual siniestro. Su estilo de compañerismo consistía en reirse de muchas cosas —generalmente de las del prójimo, muy a menudo de las suyas— pero siempre habría una zona vedada, un revés de párpados que no se veía. Podían reirse de la muerte extraña

—disfrutar juntos las obsequiosas exequias de un personaje, la emulación cortés del dolor ajeno, el feroz narcisismo de la oratoria ante ataúdes— pero tenían la reserva intransigente de su pudor sentimental, aun cuando estuvieran vociferando su pena. Y aquello no podían decírselo. Podían emborracharse juntos, acostarse con mujeres cada uno a la vista del otro, indagarse la recíproca palidez en el delirio de la *macumba*, sostenerse la frente en la náusea. Pero no había ningún título suficientemente íntimo para acercarse ahora a Mario y preguntarle si sufría o impostaba la nota de sufrimiento, si tenía credulidad e inocencia y entrega, o culpa y asco de sí mismo y también inocencia, o si sencillamente era un partiquín en el bocadillo mudo, hasta que el telón lo ocultase del público y saliera corriendo para liberarse en el mutis.

Robledo sintió tal vez ese tirón, el denso respeto con que Aldo le guardaba la espalda, en aquel minuto en que los dos se decían que habían hecho el viaje tan sólo para estar allí unos instantes, de pie y en silencio; y aquella espesura emocional pedía oscuramente que alguien la quebrase.

—Cuando ya había muerto —dijo de pronto Mario, dándose cuenta de que el matiz distraído de su voz y la pálida naturalidad con que estaba diciéndolo disminuían la tensión— me llegaron, juntas, dos cartas de ella. Me contaba las relaciones que había hecho aquí, el grupito en que andaba. Al venir por primera vez los busqué y los visité, y me abrazaron llorando. Era gente culta pero formidablemente sencilla. Hasta había un coronel, ya medio vejanco y muy digno, un tipo bien pero más seco que los otros. Cuando lo conocí me acordé de que Susana lo había comparado conmigo, y había escrito que tenía “mucha arquitectura mental”. Nun-

ca pude saber por qué lo había dicho. Todavía tengo las cartas, pero no he querido volver a leerlas.

También a veces hay que tener en la vida el sentimiento de una mujer que uno no haya poseído. Él tiene la suerte de fijarlo en la hija, mientras nosotros andamos a veces tanteando, para encontrar a aquélla que se lo merezca.

La luz decrecía ahora bruscamente, en el corto crepúsculo tropical, y una bruma insidiosa llenaba el aire. Robledo abandonó el talud y vino lentamente hacia Aldo; hubiera querido echarle un brazo por los hombros, pero le faltaba estatura.

—La de anoche —dijo como si bromeara al borde de un dolor que volvía— fue una curda espantosa. Tengo el estómago y el hígado a la miseria.

Se tomó entonces, con una visible crispación de la mano, del brazo puesto en jarras que el otro le ofrecía. Y otra vez, en la luz inconcreta, los dos se dieron a mirar la pirámide, que empezaba a recortarse sobre un gris indistinto. Allá arriba, los montes sólo tenían un destello de última claridad. Desde esas alturas se vería ahora cómo la ciudad echaba a flotar, de pronto, la profusión titubeante de sus luces; unas calaban el agua inmóvil de la bahía, otras trepaban a los morros, divergían en pistas conjeturales, aguijoneaban el confín de la noche.

Tomados del brazo, sin convulsión y en un silencio proselitista, miraron por última vez antes de darse vuelta. De pronto, el corto y enconado toque de una bocina de automóvil hizo vibrar el aire, en repetidos, estridentes y frívolos llamados.

—Son las mujeres —dijo Aldo sin enojarse. Y hasta me jugaría a que es Marieta.

INDICE

	Pág.
La última morada	5
El lazo en la aldaba	46
El salto del tigre	65
Cordelia	85

obras publicadas en esta colección

1 - el uruguay y su gente

carlos maggi

2 - los días siguientes

eduardo galeano

3 - las cuatro

carlos martínez moreno

4 - mis tangos y los atenienses

victor soliño

5 - tres novelas

juan carlos onetti

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EL DIA 20/11/67
PARA EDITORIAL ALFA.
CIUDADELA 1389 EN LOS TA-
LLERES GRAFICOS EMECÉ,
GONZALO RAMIREZ 1806 EN
MONTEVIDEO, URUGUAY

EDICION AMPARADA EN LA
COMISION DEL PAPEL
ARTICULO 79 DE LA LEY
13.349